

VIAJE
AL
PAÍS DE LOS ONAS

TIERRA DEL FUEGO

POR

RAMON LISTA

MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS,
SECRETARIO GENERAL DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA ARGENTINA
Miembro correspondiente
de la Sociedad Italiana de Antropología y Etnografía—de la Sociedad
Geográfica de Roma—de la Sociedad Geográfica Comercial
de París—y del Ateneo del Uruguay, etc.



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ALBERTO NUÑEZ, PIEDAD 17 $\frac{1}{2}$

1887

DEDICATORIA

AL D^r. D. CARLOS PELLEGRINI

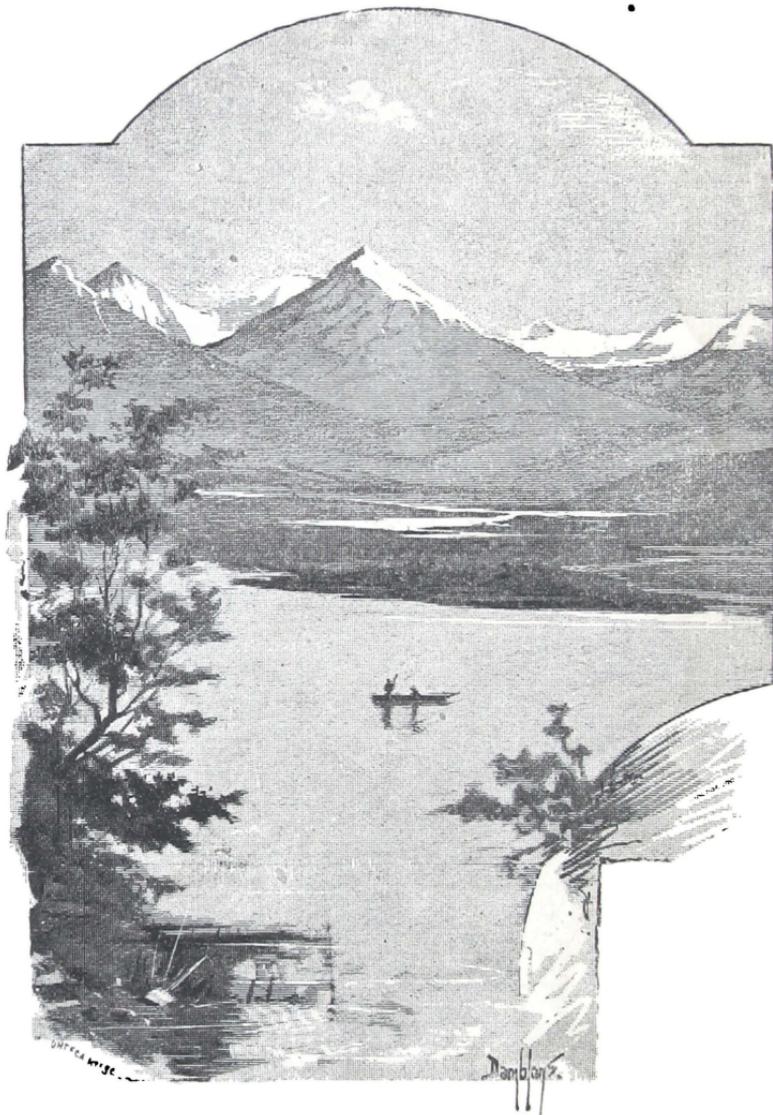
VICE-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, EX-MINISTRO
DE GUERRA Y MARINA.

*En testimonio del alto aprecio que le profeso, dignese aceptar lo
dedicatoria de este modesto libro.*

Abril 20 de 1887.

RAMON LISTA

VIAJE AL PAÍS DE LOS ONAS



Bahía y Río Yandagaya (segun fotografia)

INTRODUCCION

« Un voile épais a toujours entouré la Terre de Feu. Située á l'estremité d'un continent inhabité lui-même au Sud, au milieu d'une mer presque toujours mauvaise, défendue par des côtes escarpées et inabordables elle n'a tenté aucun explorateur.

« Différents voyageurs ont donné sur cette île des renseignements si contradictoires que l'on ne peut ajouter foi à leurs récit. »

• • • • •
« *L'Indépendant* » de Buenos Aires. »

La esploracion realizada últimamente por el señor Ramon Lista, de que nos hemos ocupado incidentalmente, ha hecho adelantar mucho los conocimientos que teniamos sobre la estremidad sud de nuestro territorio, considerada generalmente como una regiou estéril, condenada á permanecer despoblada é improductiva, en medio del progreso general. El señor Lista ha modificado en mucha parte ese juicio, describiéndonos el territorio que ha recorrido y observado, y sus contrastes admirables, en que se une la vejetacion propia del trópico con una naturaleza polar, sirviendo la una de marco á la otra.

•
« *La Tribuna Nacional* ».

El libro que hoy ofrezco al público, es el resultado de mis recientes esploraciones en la insular Tierra del Fuego. El lector no encontrará en él ni bellezas de diction, ni novelescas aventuras, ni tampoco alhagadoras pero

enganosas promesas. Es un trabajo modesto y descarnado, escrito á fragmentos bajo la tienda de campaña, en medio de la vida incierta y agitada del explorador.

Los bosques de la naturaleza austral, ya sean sombríos ó de alegre colorido, han sido trazados sobre el terreno; y, aunque imperfectos, tienen el mérito de ser verídicos. Lo mismo puedo decir acerca de los distintos aspectos, que ofrece en aquellas comarcas la especie humana, sumida aun en la barbarie de la *Edad de piedra*.

En dos palabras: este es un libro modesto, de verdad y de buena fé. Digo en sus páginas todo lo que he visto, rechazando antiguas fábulas y viejas preocupaciones y rutinas, que tanto daño han hecho y hacen aún á nuestra jóven y robusta República.

No pretendo engañar la opinion pública, y el móvil único que me guía es el de abrir nuevos derroteros á la investigacion científica, en pós de la cual vendrán las industrias, el comercio y la espansion territorial en latitudes donde fácilmente puede establecerse y prosperar la raza caucásica, que languidece y se enerva bajo el sol ardiente de los trópicos.

He puesto como portada de esta obra un artículo que sobre la isla magallánica y sus habitantes publiqué hace algunos años en el *Boletín* del «Instituto Geográfico Argentino». En aquella época presentia lo que mas tarde debia formular en esta frase concreta: «La tierra del Fuego no es páramo sombrío, ni escollo tormentoso: es un pedazo disgregado de la Patagonia austral y, como ésta su clima es poco riguroso; sus paisajes variados; sus bosques bellísimos; su suelo feráz.

La nota exposicion que sigue al citado artículo, impondrá al lector sobre los propósitos que me llevaron á aquella tierra distante, cuya somera descripcion está encerrada en las páginas sinópticas de los demás documentos oficiales de la *Primera Parte* del libro.

Ahora, recorramos con el pensamiento, las praderas y

los bosques de la Tierra del Fuego, en cuyos fastos geográficos contemporáneos, debe escribirse el nombre modesto, pero meritorio, de *Ramon Serrano Muntaner*, primer explorador de la parte chilena del País de los Onas.

Abril, 20 de 1887.

R. L.

5

PRIMERA PARTE

I

LA TIERRA DEL FUEGO Y SUS HABITANTES

SEGUN ANTIGUOS NAVEGANTES
Y ESPLORADORES, Y SEGUN MIS PRIMERAS IMPRESIONES

Artículo publicado por el autor en el Boletín del «Instituto Geográfico Argentino», tom. II, cuad. VI.

Separada de la Patagonia por el anchuroso Estrecho de Magallanes, se alza coronada de nieve sempiterna la frígida *Tierra del Fuego*, estensa isla que debe su nombre al humo que en sus salvajes playas vieron levantarse los primeros navegantes españoles.

La Tierra del Fuego, que es baja y llana en su parte oriental, se yergue al occidente con imponentes cimas. Los montes «Sarmiento» y «Darwin» son sus alturas más culminantes. El primero es un espléndido pico de dos

puntas, cuya altitud máxima alcanza á 2000 méetros. Visto de Punta Arenas, presenta el aspecto de un volcan. Mirado del Canal Magdalena, cuando el sol de Enero rompe los celajes que lo circurdan, su altiva y severa grandeza detiene el vuelo del pensamiento....

Situada entre los 52° 20' y 55° de latitud austral, la isla argentina se sumerge al Norte en el Estrecho de Magallanes, formando las bahias «Lomas» y «Felipe». Al oeste la limitan el Océano Pacífico, que baña la península de Brecknock y el citado Estrecho con sus dependencias las bahias «Gente Grande» é «Inútil», la «Zonda del Almirantazgo» y el «Canal Magdalena», que separa la «Isla Clarence». El Océano Atlántico la limita por el Este y el Sud, y tambien el «Canal del Beagle» que forma las islas «Navarino» y «Hoste».

Al decir del almirante Anson, el aspecto de este país es de los más horribles que sea posible imaginar.

El capitan Samuel Wallis (1766), dice que es una region salvaje, donde en medio del verano el tiempo es nebuloso, frio y tempestuoso; donde los valles carecen de verdor y las montañas de árboles, y, donde, en fin, toda la tierra se parece más bien á las ruinas de un mundo que á la habitacion de seres humanos.

El mas ilustre de los marinos ingleses, el capitan Jacobo Cook, escribe acerca de la costa occidental: «Es el país mas salvaje que he visto. Parecía enteramente cubierto de montañas y de rocas sin la menor aparencia de vegetacion ;las montañas terminan en horribles pricipicios, y sus cimas escarpadas se levantan á una altura in-

mena. No hay otro sitio en la naturaleza que ofrezca paisajes más agrestes.

El naturalista Darwin habla en estos términos: «Podemos describir la Tierra del Fuego en pocas palabras. «Un país montañoso y en parte sumergido, de manera que extensas bahías ocupan el lugar de los valles.»

«Los árboles crecen, añade, hasta 1500 piés de altura sobre el nivel del mar. Más arriba vése una cintura de hornagueras cubiertas de plantas alpinas y, finalmente, las nieves eternas.»

Este es lado sombrío del cuadro. Veamos lo que cuentan otros exploradores.

El capitán Parker King, afirma que la vegetación es magnífica en ciertos sitios, y que crecen al abrigo de los bosques algunas plantas que en Inglaterra se consideran como muy delicadas.

Fitz-Roy describe tupidas selvas y árboles que conservan sus hojas durante todo el año.

Un aprovechado viajero, el teniente de la marina francesa Lucien Wyse, autor del *Voyage de Montévideo á Valparaiso par le détroit de Magellan*, se revela apasionado de los paisajes, ora rientes, ora severos que ofrecen al navegante las costas de la «Zonda del Almirantazgo.»

El Sr. Pertuiset, persona bien conocida en Chile por su famoso viaje *espiritista*, menciona en su libro *Le trésor des Incas á la Terre du Feu*, la existencia de dilatados valles pastosos poblados de bosques y de lagunas de agua dulce que contornean la «Bahía Inútil.»

Finalmente, el que estas líneas suscribe, ha visto desde el mar pequeños *cañadones*, tapizados de verdes y altas yerbas, que se extienden al Oeste del «Cabo Orange.»

Acabamos de ver que los autores citados se contradicen notablemente.

La razon es óbvia. Unos han visto la Tierra del Fuego por el Este, hácia el «Cabo de Hornos», otros la han estudiado por el Norte y el Oeste.

Sea de esto lo que fuere; á mi sentir, muy léjos está aquella isla de ser tan horrible como nos la pintan Wallis y Cook.

Apesar de la frialdad del clima, de que da idea la desagradable aventura de los Sres Banks y Solanders en la «Bahia Buen Suceso» (1), la flora fueguina es casi igual á la del valle del Rio Chico, en Patagonia. En la parte occidental de la isla hay grandes bosques de robles (*Fagus betuloides* y *F. antarctica*). Al Oeste (Zonda del Almirantazgo), dice el teniente Wyse, que encontró el *calafate* de los chilenos (*Berberis ilicifolia*), laureles, fushias arborescentes, juncos de pantano y ápio salvaje.

La zoología es bastante pobre. Entre los mamíferos figuran los guanacos (*Auchenia*), los ciervos (*Cervus chilensis*) los zorros (*Canis Magellanicus* y *C. Azaræ*) y los tucos-tucos (*Ctenomys*).

Darwin y otros viajeros aseguran que no existen reptiles de ninguna especie, lo que seguramente es un fenómeno interesante.

(1) Estos dos naturalistas que acompañaron á Cook en su primer viaje de exploracion, hubieron de morir de frio al ascender una colina.

Los insectos son poco abundantes y no se diferencian mucho de los que habitan la Patagonia.

Los bosques abrigan pocas aves.

Un lindo y pequeño trepador, el *Oxyurus tupunieri*, salta de rama en rama y busca insectos en los robles podridos, derribados por el viento.

El reyezuelo de oscuro plumaje (*Scytalopus magellanicus*) y algunas aves de presa, cierran este limitado cuadro de la vida animal.

Por lo que concierne á la geología, poco se sabe. En las costas del «Canal del Beagle» se observan rocas porfiríticas y tambien esquistasas. Al Norte aparecen los aluviones estratificados, y, segun Darwin, forman la costa oriental pequeñas y redondeadas colinas de grés y granito.

Tal es la Tierra del Fuego, cuyas azuladas mesetas he contemplado con frecuencia desde las solitarias playas patagónicas. Sus habitantes pertenecen á cuatro naciones ó tribus que se distinguen con los nombres de Tekéenicas, Alikoolips, Pecherese y Yacanna-Kunnys.

Los primeros habitan á inmediaciones del Canal del Beagle; son bajos de estatura, mal conformados, feos de rostro, voraces y muy sucios.

Los Alikoolips viven en la parte meridional de la isla. Fisicamente son superiores á los demas fueguinos.

Los Pecherese ocupan las costas de la Zonda del Almirantazgo; y, por último, los Yacanna-Kunnys tienen sus *wigwams* (chozas) entre la «Bahía Buen Suceso y el «Cabo Espiritu Santo.

Por las relaciones de King y Fitz-Roy, sabemos que el tipo fisonómico de los fueguinos, aun tratándose de una misma tribu, presenta muchas variedades. Fitz-Roy dice que vió individuos de ambos sexos, de cabello crespo, frente elevada y nariz aguileña.

El color varia tambien notablemente. Recuerdo haber visto en Punta Arenas, un Tekénica más blanco que los Tehuelches que habitan al Sud del Rio Santa Cruz.

Sin embargo, considerados en conjunto, los fueguinos tienen un color mas oscuro que el de los indios de la Patagonia; son cabezones como los puelches, de ojos pequeños, boca grande, pómulos salientes, nariz aplastada y frente estrecha.

Bougainville observa que son feos, que van desnudos ó no usan otro traje que unas malas pieles, y en fin, que parecen buena gente.

Cook los pinta con colores casi iguales á los que emplea el marino francés. Se alimentan de la carne podrida de lobos marinos, dice el ilustre capitan, y con la parte oleosa untan sus cuerpos.

El Dr. Reynaud(1), en su informe sobre el viaje del vapor aviso *l'Hermité*, dice que los fueguinos tienen ojos oblicuos, cabellos negros que forman alrededor de la cabeza á manera de una corona irregular, y que se pintan la cara con ocre negro y rojo.

Por su parte, el capitan King hace mencion de un indígena cuyo cuerpo estaba casi totalmente pintado de colorado.

(1) Archive de médecine navale tom. XXVI 1876. Paris

Don Manuel Serrano, explorador chileno, confirma los anteriores asertos. Según él, los indios usan el pelo cortado á 25 centímetros de la nuca, y acostumbran pintarse la cara, la cabeza y hasta el vientre.

El mismo explorador cuenta que llevan una vida nómada, y que duermen allí donde les sorprende la noche. Sin embargo, construyen *wigwams* á cuyo amparo pasan el invierno. (1)

Desconfiados y amigos de la libertad, no reconocen autoridad de ninguna clase.

Haragán como todo indígena sud-americano, el hombre abandona todo el peso de las tareas domésticas á la infeliz mujer, verdadera víctima condenada á arrastrar perpétuamente la pesada cadena de la esclavitud.

Las mujeres, pues, cuidan á sus hijos; vigilan el fuego á toda hora, preparan los alimentos, alistan las pieles de abrigo y los aparejos de pesca, y mientras los hombres se entregan al reposo en la choza, ellas entran desnudas en el mar para coger moluscos.

Apoyándose en la autoridad de Wallis y Weddel, da D'Orbigny á estos salvajes una estatura media de 1 metro 633 milímetros.

Agregaré de paso, que he visto en Punta Arenas, dos Tekéenicas adultos que calculé no tendrían menos de 1 metro 63 centímetros de altura.

Tanto las mujeres como los hombres, usan brazaletes y collares de caracolillos del mar.

(1) *wigwam* es una habitacion hecha de troncos y ramas de robles. Las hay de varias formas y tamaños.

Las armas y utensilios de caza y de pesca en las distintas tribus, consisten en hondas, lanzas con puntas fijas de hueso, flechas con cabezas de sílex ó vidrio, anzuelos de piedra ó de espinas de peces, y arpones de hueso de distintos tamaños.

La alimentacion de esta gente es esclusivamente animal, y á fin de proporcionársela, cazan al acecho y á la carrera, en compañía siempre de algunos perros que ellos adiestran con especial esmero para que les ayuden á rodear las manadas de guanacos, ó detengan el herido animal que huye del cazador.

Esto pasa en verano, estacion en que la caza mayor abunda en los parajes que los fueguinos frecuentan; pero en el invierno se dedican con preferencia á la pesca, á cuyo fin se embarcan hombres, mujeres y niños, en piraguas hechas con ramas y pieles de otarias.

Cuando los inviernos son muy rudos y el mar bravo, suele faltarles alimento, en cuyo caso no trepidan en matar las mujeres mas viejas de la tribu, pues se las considera como seres inútiles é inferiores á los perros, que solo se sacrifican en el último trance.

Respecto á la manera de comer, cuenta Wallis que uno de sus marineros que pescaba con caña, dió á un fueguino un pez vivo, que éste mató de una detenllada y comió con la avidéz de un perro famélico, sin dejar ni las espinas.

El lenguaje de estos americanos difiere segun la tribu, y es en todas tan horriblemente gutural, que razon ha tenido el capitan Cook para compararlo con el ruido que

haría una persona restregándose la garganta con un trozo de madera ú otro objeto cualquiera.

Los Tekéenicos y los Alikoolips apenas si se entienden hablando. En tekéenica la boca se llama *yasck* y en alikoolip *elfere*. La nieve es *acho* en alikoolip y *appunaca* en tekéenica.

De estos curiosos dialectos no se conoce hasta ahora mas que un escasísimo *vocabulario* formado por Fitz-Roy.

Es opinion de algunos viajeros que los fueguinos abrigan creencias religiosas. Otros piensan lo contrario, y no tengo empacho en adherirme á estos últimos.

Tales son los habitantes de la Tierra del Fuego, raza degradada, que seguramente ocupa el mas bajo nivel entre todos los pueblos salvajes. Hijos de un pais desheredado, cuyo nombre semeja un amargo sarcasmo, los fueguinos representan en la actualidad las toscas razas cuaternarias.

¿Cuál es el origen de estas desgraciadas criaturas? En mi opinion han debido emigrar de la Patagonia, cediendo el terreno á una raza más civilizada, que no trepido en identificar con los Tehuelches ó Patagones.

Ramon Lista,

II

OBJETOS DE LA ESPLORACION

*Al señor Ministro de Guerra y Marina, doctor don
Cárlos Pellegrini.*

«De pocos años á esta parte, la geografia nacional ha realizado tan notables progresos y tomado tan sorprendente incremento el amor á los viajes de mar y tierra, que la Pampa, el Chaco y hasta la Patagonia, han dejado de ser un misterio, perdiendo para siempre aquellas regiones el prestigio novelesco de lo ignoto.

Solo queda ahora, velada para la ciencia, la insular Tierra del Fuego, en cuyas soledades sin caminos no ha dejado aun el hombre civilizado la huella de su paso.

En efecto, por lo que respecta á la grande isla del Fuego, ó propiamente dicha «Tierra de las Onas» (*Ona-sin*, en lengua yahgan), puedo decir sin exagerar, que se trata de una region tan desconocida mediterráneamente como las tierras del círculo polar antártico.

Ese pedazo de suelo argentino, cuya extension superficial no mide menos de 700 leguas cuadradas, continúa siendo un enigma que en vano han tratado de descifrar

los King, Fitzroy, Darwin, Cunningham, y muchos otros navegantes y naturalistas que solo pudieron abordar sus costas inhospitalarias donde, como exageradamente dice el capitán Samuel Wallis, el verano es siempre nebuloso y frío; los valles sin verdor; las montañas sin árboles, y la tierra toda, inmensa ruina de otro mundo. Este cuadro demasiado sombrío para latitudes como las que comprende aquella isla, contrasta notablemente con el trazado por Parker King, que dice vio magníficos bosques á cuyo abrigo crecían algunas plantas que se consideran muy delicadas en Inglaterra; y poco verídico parece si se le compara con los rientes bosquejos trazados por la pluma de Lucien Weys, autor del «Voyage de Montevideo á Valparaíso, par le détroit de Magellan.»

Se ve, pues, que son contradictorios los datos referentes al Ona-sin, y que aquella isla ofrece aun en sus detalles costaneros el interés ardiente de la controversia geográfica.

En el mapa marítimo del Estrecho de Magallanes, confeccionado 1769 por el conocido geógrafo español D. Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, la Tierra del Fuego aparece cruzada por varios canales marítimos, entre los cuales vése uno que pone en comunicación la actual bahía de San Sebastian con la Zonda del Almirantazgo; y este dato cartográfico, que debe tomarse, no obstante, con mucha reserva, me ha sugerido la idea de que bien puede existir aquella comunicación intermarítima, robusteciéndose esta hipótesis con los informes que verbalmente he recibido de algunos oficiales del Comodoro Py,

quienes estando á bordo de este vapor, fondeado en San Sebastian, observaron al comenzar el refluo una fuerte corriente del oeste, que no podía ser considerada como aquella producida por la vaciante de la marea.

Sea de ello lo que fuere, dicha bahía es muy poco conocida, debido en parte á la naturaleza cenagosa de sus playas, inabordable en muchos puntos por los extensos cangrejales en ellas existentes y que apenas cubre al océano en su movimiento ascendente.

El interior de la isla, ocupado por los indios onas que parecen llevar la misma vida nómada de los tehuelches de la Patagonia, es, al decir del reverendo Tomás Bridges, Sub-intendente de las misiones inglesas establecidas en el canal del Beagle, llano y transitado para caballerías; fundando esta su afirmación en los informes que durante su larga permanencia en el archipiélago fueguino ha recibido de los yahganes y otros salvajes que viven en la vecindad de las onas.

Entro ahora en otro orden de consideraciones.—Soy de opinión que en la Tierra del Fuego deben hallarse ricos yacimientos carboníferos, y los fundamentos de esta creencia estriban en la naturaleza geognóstica de los terrenos de la isla, que son lo mismo que he tenido la fortuna de estudiar en la península de Brunswick (Patagonia). Ambas formaciones geológicas son sincrónicas, y aunque separada de la Patagonia por el canal magallánico, la Tierra del Fuego debe ser considerada como una parte integrante de aquella, con las mismas rocas vulcánicas y con los mismos sedimentos, pues en una época

que tal vez pueda referirse al último periodo de los tiempos terciarios, aquella fué bruscamente separada del continente por la acción potente del plutonismo.

En cuanto á la zoología, poco ó nada se sabe, siendo absolutamente desconocidos los recursos de caza que ofrece la isla en sus comarcas mediterráneas; pero puede suponerse que deben hallarse muchos de los cuadrúpedos y aves de la Patagonia, y quizás algunas especies nuevas cuyo descubrimiento interese á la industria ó á la ciencia.

La fauna del mar, es también poco conocida en cuanto se refiere á sus elementos y distribución, y sería de la mayor utilidad determinar exactamente los parajes frecuentados por los lobos marinos y peces grasos que se aprovecharán industrialmente algún día, dando origen al establecimiento de pesquerías importantes.

Pienso también que han de existir en el interior de la isla bosques de los mismos árboles que se encuentran sobre las costas y cuya explotación puede ser provechosa para los *pionners* que tal vez muy en breve, impulsados por la fiebre del oro, y no satisfechos con la riqueza de los *placers* del cabo de las Virgenes, dirijan su rumbo, en busca de otro vellocino, á la tan calumniada Tierra del Fuego, que por su nombre consideran alguñoe como el infierno del mundo habitado, siendo sin embargo tan relativamente benigno su clima que, al decir del explorador chileno D. Ramon Serrano Muntaner, apenas cubren su desnudez los indios que la habitan con algunos malos cueros de guanacos, sin construir para su albergue la mas

miserable choza, pues cuando quieren resguardarse de la intemperie solo lo hacen á medias y á la manera de los *alacaluf* que solo construyen pequeños *wigwams* de forma emisférica, hechos de ramas de árboles entrelazadas, abiertos por todas partes á la lluvia y al viento.

Por lo que concierne á las observaciones etnográficas y antropológicas, en cuanto ellas se relacionan con el origen del autóctono sud-americano, creo que del estudio comparado entre el tipo patagón antiguo, restaurado por la craneología, y el que comprende las distintas tribus ó naciones diseminadas en el archipiélago del Fuego, puede brotar alguna luz que nos conduzca á descorrer en parte el denso velo que cubre hasta ahora la ignorada cuna del hombre primitivo del moderno continente.

Segun el citado Mr. Bridges, y segun las afirmaciones del teniente Bove, los indios Onas difieren notablemente de los demás salvajes fueguinos, asemejándose en sus caracteres antropológicos á los patagones ó tehuelches actuales, cuyo idioma parece ser el mismo que el de aquellos, aunque con diferencias producidas tal vez por la influencia de otro exótico. De aquí surge un problema del mas alto interés científico: ¿serian acaso los onas el elemento autóctono de nuestra América? La respuesta es difícil; pero puede muy bien suponerse que aquellos salvajes, impelidos por una raza invasora, pasaron de la Patagonia á la Tierra del Fuego.

Volviendo ahora á la cuestion viabilidad, pienso que los mejores caminos para llegar á la vertiente oriental de la isla, cuya existencia debe suponerse, son indudable-

mente los rios ó arroyos que tengan sus cabeceras en aquella, —y aquí resalta el interés de inquirir cuanto á la hidrografia se refiera, determinando los accidentes orográficos correlativos.

Creo, señor ministro, que basta con lo expuesto para demostrar las grandes y palpables ventajas que reportaria una esploracion del interior de la Tierra del Fuego y de la costa oceánica comprendida entre el estrecho de Magallanes y la entrada oriental del canal del Beagle.

Para la realizacion de tan útil empresa, que no exige mayores gastos al tesoro, estoy dispuesto á ponerme en marcha cuando V. E. disponga, comprometiéndome á presentar al gobierno inmediatamente despues de mi regreso, los informes y planos relativos á los trabajos que efectúe.

Saludo al señor Ministro con toda consideracion.

Ramon Lista.

DECRETO

MANDANDO EFECTUAR LA ESPLORACION

« Vista la precedente exposicion, y considerando :
1º que es de utilidad nacional el conocer con exactitud el litoral é interior de la Tierra del Fuego, cuyos recursos industriales se ignoran; 2º que es tambien de interés científico determinar los accidentes hidro-orográficos de la zona oriental de aquel territorio.

El Presidente de la República, decreta :

Art. 1°—Encárgase el Oficial mayor del Departamento de marina, D. Ramon Lista, de la exploracion de la parte argentina de la Tierra del Fuego, comprendida entre el cabo Espiritu Santo, al norte, y la bahia Aguirre, al sud, en cuyo trayecto deberá reconocer prolijamente todas las arterias fluviales que desaguan en el Océano Atlántico, anotando todos aquellos detalles hidrográficos que interesen á la navegacion.

Art. 2° El cirujano de 2ª clase de la Armada D. P. Segers, acompañará como ayudante á dicho comisionado, llevando ambos para su resguardo una escolta de 25 soldados al mando del capitan de caballeria D. José Marzano.

Art. 3° El cutter «Santa Cruz» será puesto á las órdenes del jefe de la espedicion.

Art. 4° Los gastos que demande dicha exploracion se imputarán á estudios hidrográficos.—

ROCA.

CÁRLOS PELLEGRINI. »

C A R T A

AL EXMO. SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Bahia San Sebastian, Noviembre 27/86.

Señor Presidente de la República, Doctor Don Miguel Juarez Celman.

Tengo el placer de comunicarle mi feliz arribo á la Bahia de San Sebastian, en cuya costa meridional me

hallo acampado desde el 21 del corriente con la comision y escolta á mis órdenes, habiendo dado ya principio á la exploracion de la parte argentina de la grande isla del Fuego.

La nombrada bahia, debe considerarse como un estenso golfo, donde los vientos del oeste y del sud-oeste levantan una mar bravía que puede poner en peligro á embarcaciones pequeñas; y que, por otra parte, imposibilita toda operacion de descarga, ofreciendo, no obstante algunos buenos surjideros, siempre que se dé á la costa un resguardo de mas de una milla.

Las tierras circundantes son algo elevadas y de naturaleza sedimentaria, habiendo observado hácia el oeste una dilatada planicie cenagosa y casi al nivel del mar, cuya formacion debe considerarse como moderna. Esta depresion insular, ocupada por un sin número de lagos y lagunas en su mayor parte salados, demuestra hasta cierto punto la existencia anterior de un canal de comunicacion intermarítima que traia al Atlántico las aguas del Estrecho de Magallanes.

Geológicamente hablando, creo que los terrenos de San Sebastian pertenecen á la época terciaria; pero no se encüentran aquí los mismos materiales que en la Patagonia, ni he hallado hasta ahora ninguno de los organismos fosilizados que caracterizan á los sedimentos patagónicos.

Los campos son en general pastosos, con buenas aguadas y abundante combustible leñoso. En todos los cañadones hay mucho *humus* y sobre todas las co-

linas que los limitan se encuentran mas ó menos vestigios de un manto detrítico, tal vez del mismo periodo geológico que el observado en la Patagonia.

La temperatura es muy variable, pero hasta la fecha no he anotado ningun descenso termométrico que pueda comprobar en algo la creencia errónea de que la Tierra del Fuego es una nueva Siberia. Antes de ayer á medio dia el termómetro marcó + 21° c. á la sombra, y el minimum del mismo dia fué de + 8° c.

La existencia del oro, al menos en la parte sud-oeste de la Bahía, parece me problemática, no habiendo hallado hasta ahora ni una sola pajilla del codiciado metal.

Por lo que respecta á los indios onas que habitan la isla, tengo el sentimiento de comunicarle que me he visto en el caso de tener que librar un combate con diez hombres contra cuarenta salvajes, que ocultos en un espeso matorral, antes que entregarse y apesar de nuestras demostraciones pacíficas, pretendieron rechazarnos lanzándonos enjambres de flechas. Los hice cargar á sable, el capitán á la cabeza, y cuando ya daba por terminada la lucha, este intrépido oficial cayó herido de un flechazo en la cabeza con lo cual el ataque se detuvo un instante; pero en seguida mandé cargar nuevamente y despues de un ligero tiroteo el matorral fué desalojado quedando en nuestro poder algunos prisioneros, mujeres en su mayor parte, y sobre las zarzas veinte y seis indios muertos, todos ellos de estatura gigantesca y de una corpulencia solo comparable á la de los patagones ó tehuelches, con los cuales tienen una semejanza notable.

Después del combate que tuvo lugar á tres leguas de la Bahía, el día 23 del corriente, regresé al campamento general con los prisioneros tomados, de los cuales envío nueve á Buenos Aires en el transporte «Villarino» para ser entregados á quien corresponda.

Sin otra cosa que comunicarle por ahora, lo saluda atentamente

Ramon Lista.

V.

CARTA AL GENERAL MITRE

Bahía de Tétis, Enero 1^o de 1887.

Al Sr. General D. Bartolomé Mitre.

Señor de todo mi aprecio: Con el mayor placer y como aguinaldo de año nuevo, le daré la noticia de que la parte argentina de la Tierra del Fuego que acabo de explorar por tierra en una extensión de setecientos kilómetros, desde bahía San Sebastian hasta el estrecho de Le Maire, es mucho más fértil y á mi juicio de mayor porvenir industrial que la zona costanera patagónica comprendida entre el río Chubut y el cabo de las Vírgenes

Háse llamado inhospitalaria, estéril y hasta inhabitable á la grande isla austral, por un error consagrado por el

tiempo y escritores sedentarios que no hicieron otra cosa que repetir las fabulas de algunos navegantes de imaginacion poética ó negligentes y difusos en sus afirmaciones; las que, siendo exactas por lo que respecta á la vertiente occidental de la Tierra del Fuego, hoy chilena, son falsas y ridiculas en cuanto atañe á las comarcas orientales, en la actualidad del dominio argentino.

Se cree comunmente que dicha tierra es un dédalo montañoso, cubierto de nieve sempiterna é inaccesible en sus flancos oceánicos.

Esto no sería muy exagerado refiriéndose únicamente á la parte occidental de la isla entre el paralelo de 54° y el canal de Darwin; pero todo ello es un absurdo si se pretende aplicar á la zona que baña el Atlántico entre los cabos San Sebastian y San Vicente.

La Tierra del Fuego argentina, presenta dos aspectos muy diferentes: desde el cabo Espiritu Santo hasta el de Peñas, se ven valles más ó ménos extensos, cubiertos de espléndidos pastos y regados por rios caudalosos y en partes navegables, que descienden de una cordillera nevada del interior, la que en justicia y como reparacion histórico-geográfica debe llevar en adelante el nombre de Bartolomé Nodal, quien fué el primero en verla desde su atrevida nave. Esta region goza de una agradable temperatura y la escasa nieve que en invierno cae en ella debe licuarse muy pronto á juzgar por la poca humedad del suelo, donde solo existe un inconveniente: el tucu-tuco, minero infatigable como la biscacha de la pampa;—y al sud de esta region, que puede llamarse *de las praderas*,

se extiende la de los bosques antárticos donde los pastos no son tan abundantes ni los rios tan caudalosos; pero que presenta un aspecto más bello, aspecto suizo con pequeños lagos, encumbradas montañas y bosques encantadores.

En las praderas orientales está el porvenir pastoril de la América magallánica, y en la region boscosa encontrarán los buscadores de metales el aliciente de ricos venteros.

Esta es la verdadera Tierra del Fuego argentina, segun mis recientes impresiones; y espero que en breve serán corroboradas las afirmaciones del explorador por la palabra de los pastores y de los mineros.

Lo saluda respetuosamente.

R. L.

VI

INFORME

AL SEÑOR PRESIDENTE DĒ LA REPÚBLICA

Bahía de Tétis, Enero 14 de 1888

Exmo. señor Presidente de la República, Dr. Don Miguel Juárez Celman.

Exmo. señor:—Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. mi llegada, el 24 del mes de Diciembre último, á la muy poco conocida Bahía Tetis, distante cinco millas al oeste del Cabo de San Diego, límite sud

oriental de la tierra del Fuego, cuya exploración tuvo á bien encomendarme su muy digno antecesor el General D. Julio A. Roca.

La distancia recorrida hasta esta bahía, incluyendo los reconocimientos parciales á lo largo de algunos rios, es mas ó menos de setecientos kilómetros, habiendo podido observar desde las cimas de algunos cerros elevados una extensión muy considerable de la isla argentina, tan ridículamente calumniada por navegantes poco escrupulosos ó difusos en sus informaciones, y tambien por los géografos de gabinete que son los peores.

El éxito de la exploración lo considero satisfactorio por el solo hecho de haber cruzado de un extremo á otro, toda la misteriosa región fueguina, de cuyos umbrales del setentrion acaba de retroceder una expedición numerosa y con mas elementos que la que me cupo en suerte dirigir.

El itinerario de mi viage, que comienza en la bahía de San Sebastian, pasa por los siguientes puntos, de los cuales algunos llevan nombres dados por el que suscribe: Arroyo Fagnano, Rio de los Toldos, Cabo Sunday, Rio Pellegrini, Paso Marzano, (trece millas arriba de la desembocadura de esa última corriente fluvial), Lago Segers, Cabo Peñas, Primeros Robles, Laguna Colorada, Cabo Santa Inés, Cabo San Pablo, Monte Observación, La Bajada, Rio Wolff, Orosco, Dos Rios, Cala Policarpo, Cala Falsa, Monte Karken, Bahía Tetis.

Todo este extenso trayecto á lo largo de la insular costa argentina; que por tantos años ha permanecido

oculta al ojo investigador de la ciencia, mas en razon de las fabulosas leyendas de antaño, que por los escollos que ella desprende hácia el océano, en los cuales desgraciadamente suelen perecer en invierno algunas naves mal dirigidas ó infortunadas; todo ese trayecto, decia, señor Presidente, ha sido estudiado prolijamente, no sin tener que vencer numerosos obstáculos naturales, entre otros, los grandes desniveles del suelo, la corriente de los rios, la barrera á veces impenetrable de la selva antártica, que si carece de llanas trepadoras no deja, empero, de ser nn sério obstáculo para la marcha de una expedición sin mas guía que la brújula.

Muchos y variados incidentes podria referir á V. E., algunos de ellos hasta de interés dramático; pero me concretaré únicamente á narrar una de mis entrevistas con los indios onas, pocos dias despues del combate que tuve que librar contra los mismos salvajes en la bahia de San Sebastián y de cuyos resultados tuve el honor de dar cuenta á S. E. el señor Ministro de Guerra y Marina, antes de mi partida en dirección al S. E. de la Tierra del Fuego.

Además, le impondré brevemente de las observaciones científicas efectuadas hasta la fecha y sobre los trabajos que pienso llevar á cabo en las bahias Buen Suceso y Aguirre, á cuyo reconocimiento daré principio inmediatamente, sin mas elemento marítimo que el cutter *Bahia Blanca*, pués el pailebot *Piedrabuena* regresa mañana á Patagones conduciendo el personal de la escolta que me acompañó hasta aqui; y, en cuanto al cutter

Santa Cruz, siento tener que decir á V. E. que hasta la fecha ignoro donde se halle.

Tres dias después de mi partida del «Cañadon Expedicionarios» en el ángulo S. O. de la bahia de San Sebastián, al llegar á un rio que desagua en el Atlántico, á una decena de millas del cabo de ese nombre, nos encontramos exabrupto con una gran tolderia de indios. Al vernos las mujeres y niños vadearon el rio, quedando los hombres en actitud defensiva, armados de arcos y flechas y parapetados tras de espesos matorrales. Al mismo tiempo ineendiaban el campo para ocultarnos sus movimientos.

Hice seguir la columna expedicionaria hasta unos cien metros del sitio ocupado por los salvajes, y luego de mandar ¡Alto!, dispuse que avanzara el capellán D. J. Fagnano y el cirujano don P. Segers, para que intentaran ponerse al habla con los indios. Después que estos se acercaron hasta ponerse á tiro de flecha, el soldado Morales se adelantó á incorporárseles con la bandera argentina desplegada al viento, siguiéndole dos hombres más con charqui y galleta para repartir á los indígenas.

Ahora bien; ante nuestras demostraciones amistosas, algunos onas empezaron á aproximarse con cautela, contestando con gritos y ademanes a las palabras y señales de nuestros parlamentarios; pero los más permanecian ocultos detrás de las *matas negras*,—á la expectativa sin duda de lo que iba á suceder y dispuestos á combatir con el valor que los distingue.

Trascurrieron algunos momentos, y como la actitud de

la expedicion era siempre la misma, los indios fueron perdiendo todo temor y uno de ellos se adelantó y cambió un apretón de manos con el cirujano y el soldado Morales. Los demas salvajes ocultaron entónces sus armas entre las matas y echaron á andar en direccion al sitio donde tenia lugar la entrevista. Mandé al punto que avanzara la tropa, y así que pude hacerme oír de los que estaban mas distante, comencé á gritarles en tehuelche:— *Yegogua, yegogua!* que en esa lengua significa: hermano;—y ante esta palabra mágica, que ellos no esperaban seguramente, acostumbrados como están por los mineros chilenos de Bahía inútil á oír tan solo la voz del rifle, todos, en tropel, se adelantaron á saludarnos. Gesticulaban y reían, y de pié delante de nosotros, nos examinaban con creciente curiosidad; tocaban nuestras ropas y objetos que llevábamos, incluso los revolvers, cuyo uso parecian ignorar; saltaban y hacian cabriolas, mirando siempre con marcada inquietud, la línea indecisa que dibujaba en el cercano horizonte una parte de la columna expedicionaria que conducía los cargueros y algunos indios tomados en San Sebastian.

Numerosos eran los salvajes; pero en su mayor parte, creo, habianse alejado del otro lado del rio en proteccion de las mujeres y de los niños. Algunos de los que teniamos á la vista, altos, robustos y en su mayor número mocetones, llevaban la cara pintada de rojo: otros, y eran los menos, se habian blanqueado los brazos y manos con arcilla. Todos ellos tenian el cabello cortado en la nuca y untado con una sustancia grasosa amasada

con ocre rojo. No les ví más vestido que malos quillangos de pieles de zorro plateado, siendo curioso que los usen con el pelo hacia afuera.

¿Será acaso por ostentacion? No lo creo, y pienso más bien que el clima no exige, al menos en verano, otro abrigo mejor.

Vimos muchos toldos, momentáneamente abandonados, y en ellos muchos perros de pelo lanudo y largos unos, y otros muy parecidos á los zorros y de colores oscuros.

Quise apoderarme de uno que parecía perro ovejero, pero un indio se opuso indicándome que le pertenecía y que era diestro para la caza de guanacos.

Intenté despues tomar algunas medidas antropométricas; pero ningun salvaje se presto á mis deseos, aunque conseguí sí hacerlos bailar al son de corneta, haciéndoles despues repartir carne que devoraron sin perder de vista nuestras mulas, cuyos relinchos me pareció inspirarles sérios temores, pues á cada rato nos las señalaban con aire medroso y ademán incierto.

Uno de los salvajes, que suponiamos tener alguna influencia sobre los otros, y que por otra parte se distinguía en su aspecto varonil, parecía querer manifestarnos su alegría dándose puñadas en el pecho y en la cabeza, y levantando despues en altos los brazos al mismo tiempo que entonaba un canto monótono, que repetía la palabra *yénua*, que significa amigo. Viéndome fumar, este mismo indio me pidió el cigarro. Se lo dí, pero al instante lo arrojó con marcado disgusto. Y no era para menos, pues el muy

gloton lo habia tomado por alguna vianda desconocida y pretendio comérsele por el lado del fuego.

Después de haber fraternizado largo tiempo con los onas, híceles comprender que podían permanecer donde estaban, pues yo iba á cruzar el rio más al oeste, para dirigirme en seguida hácia el sud; y sin esperar respuesta me despedí y nos marchamos, acampando poco despues á dos millas rio arriba, donde se pasó la noche distancia sobre las armas, pues los indios nos habian seguido á la espiándonos hasta el oscurecer, desde las alturas inmediatas á nuestro vivac.

Además de los estudios geográficos, las observaciones científicas hechas durante el viaje hasta la bahia donde me encuentro, son numerosas y se refieren principalmente á la antropología, á la geología y á la flora y fauna terrestre y oceánica.

He medido algunos indios y formado un vocabulario de la lengua que hablan aquellos que habitan en la región boscosa del Atlántico, entre cabo Peñas y Caleta Policarpo.

Las corrientes atmosféricas, la temperatura y las variaciones del barómetro han sido observadas tres y cuatro veces al dia en distintas latitudes y últimamente en Tétis, simultáneamente en tierra y á bordo del pailebot *Piedrabuena*, cuyos oficiales han tenido tambien oportunidad de hacer diariamente en Buen Suceso, durante dos semanas, interesantes observaciones meteorológicas que con las de Tétis, pueden dar una idea aproximada de la climatología de la región sud-oriental de la Tierra del Fuego.

Las investigaciones geológicas que serán completadas mas adelante, cuando visite «Bahia Aguirre» y el «Canal de Beagle», me han revelado la existencia de antiguos ventisqueros y canales intermarítimos, cuya desaparición debe atribuirse á notables modificaciones en el clima antártico y quizás tambien á un solevantamiento de la isla.

En cuanto á la edad geológica de la Tierra del Fuego pienso que debe remontarse á una época remota, exceptuando, bien entendido, algunos terrenos relativamente modernos, de origen volcánico unos, y otros de naturaleza aluvial, no habiendo podido encontrar en estos últimos los fósiles que caracterizan al terciario patagónico.

Abundan sobre la costa oriental de la isla los esquistos y arcillo-esquistos, y se hallan algunos mantos de basalto y núcleos y venas de cuarzo. Las arenas examinadas, tanto las del mar como aquellas de los rios y lagos, son de color cinéreo ó amarilloso, á veces negras, gruesas y mezcladas con magnetita y despojos orgánicos.

Las especies metálicas que más parecen abundar son el hierro y el cobre, este último en nódulos y subordinado á los cuarzos más antiguos.

De oro ~~no~~ he hallado vestigios en ninguna parte; pero es indudable que debe existir en las nacientes de muchos rios que nacen en el interior de la isla y desaguan en el océano Atlántico.

La vegetacion fueguina no presenta un carácter ho-

mogéneo, sino por el contrario, se divide en dos zonas distintas, siendo el paralelo que pasa por cabo Sunday casi la línea divisoria entre aquellas, cuyos elementos fitológicos son, en verdad poco variados. En los grandes valles y cañadones comprendidos entre la bahía de San Sebastian, el Atlántico y la línea fronteriza con Chile, he observado una vegetacion abundante y con el sello característico de la flora patagónica, de la que solo se diferencia por su mayor riqueza y por algunas especies que en el continente se hallan sustituidas por otras del mismo género. El tipo principal de esta zona es la mata negra (*verbenacea*). Siguen despues las *berberides*, que asociadas á la primera, suelen formar extensos y tupidos matorrales.

A estas formas fitológicas, debo agregar algunos pastos anuales que forman hermosas praderas donde se ven *oxalideas*, *leguminosas* y un pequeño junco que aprovechan los indios en distintos usos del hogar.

La otra zona es mas bien florestal y cuenta ante todo con el *fagus betuloides* que brinda excelente madera de construccion; con el *fagus antártica*, verdadero tesoro como combustible; con la *berberis ilicifolia*, el *ribes magellanicum* y la *pernettia mucronata*.

Las demás especies son herbáceas y entre ellas figuran algunos pastos anuales y otros perennes; una *viola* con flores amarillas, dos *azorellas* y el *apium australe*. Las *criptógamas* son abundantes y crecen particularmente en los robles, en cuyos troncos y ramas recogen los indios la nutritiva parásita conocida con el nombre sistemático de *cytharia Darwinii*.

Por lo que respecta á la flora del mar, solo he podido recoger algunas algas de escaso ó ningun valor científico, por cuya razon haré caso omiso de ella.

El reino animal está representado en tierra, primero, por algunos mamíferos, como los guanacos (*auchenia*) y zorros (*canis magellanicus*), siendo estos últimos muy estimados por sus hermosas pieles, que de cuando en cuando suelen verse en las peleterías de Buenos Aires, pagándose allí por un quillango de ellas hasta cincuenta pesos moneda nacional.

En segundo término figuran los roedores que desgraciadamente son mas abundantes que aquellos interesantes animales, y entre ellos el *ctenomys magellanicus*, puede considerarse como una verdadera plaga para la isla, en cuya parte norte y principalmente entre la bahía de San Sebastian y el cabo Sunday, ocupa estensas áreas que están casi totalmente socavadas. No obstante, este raton y su congénere el *c. fueguinus* tendrán que desaparecer en cuanto se introduzcan en la isla algunos miles de vacas ú ovejas.

Esta reseña de la fauna terrestre seria incompleta si no mencionara algunas aves que frecuentan en bandadas numerosas los bosques y las márgenes de los rios, como por ejemplo los loros (*conurus patagonus*), las abutardas (*bernicla antártica*), las bandurrias, patos, chorlos y terutereros.

La fauna marítima ofrece interesantes especies, cuyo aprovechamiento industrial ha sido durante muchos años un poderoso aliciente para los barcos balleneros

que frecuentaban nuestras tierras australes. Quiero referirme á las otarias ó lobos marinos, y á los pingüines. Además cuenta con numerosos delfines, enjambre de peces, moluscos comestibles como los mejillones (*mytilus*) y las lapas (*patellas*); y no pocos crustáceos y zoófitos, indeterminados hasta la fecha algunos, otros nuevos y todos de alto interes para la historia natural de la República

Creo que bastarán estos datos para que V. E. pueda apreciar en su conjunto el resultado de la exploracion efectuada, cuyo complemento será el estudio de la bahia del Buen Suceso, la que indudablemente debe ser el asiento de la Sub-prefectura de la isla, por razones que más adelante tendré el honor de indicar á V. E.; y el reconocimiento mineralógico del Monte Campana (Monte Bell) y valles setentrionales de bahia Aguirre.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar á V. E. las seguridades de mi mas alta consideracion y respeto.

Ramon Lista.

VII.

C A R T A

AL DIRECTOR DE LA TRIBUNA NACIONAL

Bahia Tétis, Enero 14 de 1887.

Señor director de la *Lribuna Nacional*.

Estoy en la Tierra del Fuego: la he cruzado de un extremo á otro, y aún no puedo dar entero crédito á todo

cuanto han visto mis ojos deslumbrados. Creí que hallaría una isla caótica y frígida, un escollo desamparado, la «ruina de un mundo fenecidos, como dijo el capitán Willis; y he vivaqueado á la intemperie, sobre floridos campos de gramilla que pueden alimentar millares de vacas y ovejas; y he descubierto valles de muchas leguas de extension, accesibles montañas casi sin nieve y hermosas florestas donde crecen helechos arbóreos y otras plantas que en Buenos Aires solo pueden vivir al abrigo del invernáculo.

Y qué decir de la fauna! Todavía esta mañana he vuelto á oír el coro alegre de los loros selváticos.

He viajado mucho: he visto los bosques y las cataratas de Misiones, he atravesado la Pampa desde Carhué hasta Choyque-Mahuida, y explorado casi toda la Patagonia; pero solo en la Tierra del Fuego he sentido las profundas emociones que despiertan en el alma del viajero, los grandes espectáculos de la naturaleza. Y si la grande isla argentina no encerrase el sublime paisaje, casi tropical, de su selva siempre verde y retoñante, bastaría para rehabilitarla ante sus calumniadores de todas las épocas y de todos los pueblos, la suavidad de su clima y la riqueza herbácea de sus campiñas vírgenes.

Cómo los grandes navegantes, los exploradores de sus costas: Magallanes, Sarmiento de Gamboa, Cook, Byron, King, Fitz Roy y tantos otros antiguos y modernos, han pintado la Tierra del Fuego, con colores sombríos, tal vez se consideren mis palabras como atrevidas ó hijas de un entusiasmo perjudicial; pero tengase presente

que para todos esos ilustres navegantes estuvo velado el interior de la isla que yo he tenido la fortuna de explorar al frente de veinte y seis compatriotas, un belga y un italiano, todos igualmente animados por el deseo de servir al país, dedicando sus esfuerzos al buen éxito de la misión que me confiara el Gobierno de la República.

Para llevar á cabo tan árdua empresa, para llegar á esta mal conocida bahía, he tenidos muchos obstáculos que vencer y muchos peligros que afrontar, pero unos y otros se olvidan presto despues de alcanzada la anhelada meta.

Desde el 31 de Noviembre hasta el 24 de Diciembre, la Expedición estuvo siempre en marcha, sin mas guía que la aguja magnética cuyos polos observé casi invertidos al faldear unas elevadas colinas al sud del cabo «Peñas.» En ese lapso de tiempo cada dia era para mi una sorpresa nueva y un incidente más. Primero fué una entrevista amistosa con los indios onas, despues hallamos un rio correntoso y profundo que pretendió cerrar el paso á la Expedición, la que, merced a un pequeño bote de goma, pudo cruzarlo en siete horas con todos sus equipos, viveres y animales y sin tener que lamentar ninguna desgracia personal. Mas tarde apareció la selva antártica, donde hasta entonces no habia estampado su huella el hombre civilizado; y, por último y sucesivamente fueron dibujándose en mi retina los variados y pintorescos aspectos de los cabos «Santa Inés» y «San Pablo,» respaldados por encumbradas y boscosas colinas, tras las cuales aparecian de cuando en cuando altivos cerros piramidales,

mientras se iban acentuando poco á poco, en el horizonte, las líneas severas de «Orosco» y los 'Tres Hermanos», estos últimos cerros á pocas millas de «Tétis.»

Los resultados científicos obtenidos, creo que satisfaran al Gobierno, á quien dirijo en esta misma fecha un informe preliminar sobre el viaje, el que aún no está terminado pues me falta completarlo con el estudio de las bahías «Buen Suceso» y «Aguirre,» á cuyo efecto debo embarcarme mañana en el cutter *Bahía Blanca*, que me conducirá hasta el canal del Beagle, límite austral de las tierras argentinas.

Oportunamente le escribiré acerca de los nuevos reconocimientos geográficos que efectúe.

Lo saluda afectuosamente su compatriota y amigo.

R. L.

VIII.

INFORME

SOBRE LA ESPLORACION MARITIMA

Buenos Aires, Febrero 26 de 1887.

A S. E. el señor Ministro de Guerra y Marina, General Don Eduardo Racedo.

Señor ministro: De regreso de mi viaje de exploracion á la Tierra del Fuego, me apresuro á comunicar á V. E. que han quedado terminados los estudios que el Exmo. señor Presidente de la República se dignó encomendarme en aquel estenso archipiélago.

Como V. E. recordará, en mi última nota fechada en bahía Tétis el 14 del mes ppdo., decíale que al siguiente día debia embarcarme en el cutter *Bahia Blanca* con destino al «Canal del Beagle», cuyos puertos argentinos deseaba reconocer. Y, con efecto, el día 16 zarpamos en demanda de la bahía del Buen Suceso, en la cual embocamos despues de algunas horas de feliz navegacion, habiendo doblado el cabo San Diego sin dar á sus temidos remolinos mas que un resguardo de tres millas. Inmediatamente despues de fondear (á dos cables de la costa y en cinco brazas de agua), salté en tierra con el Cirujano señor Seger, dos soldados y cinco indios onas de la caleta Policarpo, incorporados de *motu proprio* á la espedicion á mis órdenes. Esa misma tarde me ocupé de recojer elementos para formar un herbario de la region boscosa, y en la mañana siguiente recorri el valle ó cañada del fondo de la bahía, donde hallé excelentes pastos, agua en abundancia, buenas maderas de construccion y abundante combustible leñoso.

Como puerto, Buen Suceso ofrece abrigo y buen tenero para buques de cualquier parte, siendo en un todo preferible á Tétis, donde, no obstante, encontrarán aquellos mas pequeños, como los cutters de nuestra armada, dos fondeaderos de refugio, uno exterior donde estuyo tres semanas el pailebot *Piedra Buena*, y el otro interior, con tres y cuatro brazas de agua en baja marea (observacion de novilunio).

Y, teniendo en vista, señor Ministro, las excelentes condiciones naturales de Buen Suceso, soy de opinion que

debe ser trasladada á esa bahia la Sub-prefectura de la Tierra del Fuego, que continuando en Ushusia (Canal del Beagle) no prestará ningun servicio á la navegacion por la gran distancia á que ella se encuentra de la ruta del Cabo de Hornos; mientras que, establecida en Buen Suceso, que solo dista 7 millas del cabo San Diego y 20 de la isla de los Estados, es indudable que prestaria grandes servicios á los ochocientos ó mas buques de todas las banderas, que cruzan anualmente el estrecho de Le Maire.

Creando, además, una ayudantia en bahia Tétis y encendiendo una luz faro en el cabo San Vicente, tengo la seguridad de que se salvarian muchas vidas é intereses; y que, las naves que huyen hoy, con sobrada razon, de las desiertas costas orientales de la Tierra del Fuego, á cuyos habitantes salvajes temen tanto como á sus escollos, irian mañana á refrescar sus víveres ó buscar refugio en las bahias nombradas.

Bastaria, señor Ministro, con lo indicado, para facilitar el paso del estrecho de Le Maire de cuya peligrosa navegacion dan idea los mástiles y numerosas carenas de buques que se encuentran diseminados sobre la costa fueguina entre cabo San Pablo y bahia Tétis.

Disculpe el señor Ministro esta digresion y continúo con el itinerario de la parte marítima de la esploracion.

Terminados mis estudios y reconocimientos en Buen Suceso, me dirigí á bahia Aguirre, donde no pude desembarcar á causa del mal tiempo reinante; pero á juzgar por lo que ví desde á bordo, la naturaleza ha sido muy

avara con las tierras que la rodean y poco ó nada hallará en ella el pastor ó el industrial. Por otra parte, la bahia es muy abierta y los frecuentes vientos del S. E. levantan en toda su estension un oleage terrible de que solo puede dar idea un dia de furioso pampero en el Rio de la Plata.

Seguí despues con rumbo á la isla Picton, y al llegar á Banner Cove, puerto de aquella, tuve la fortuna de encontrar al vapor *Comodoro Fy*, que habia fondeado pocas horas antes, de tránsito para Tétis, á donde iba en busca de la Expedicion.

De este último punto zarpé en la misma tarde para Ushuaia, y despues de haber permanecido tres dias en esa progresista localidad con el objeto de estudiar la fauna y flora y visitar la mision inglesa, volví á embarcarme para reconocer los canales é ir á esperar en el Estrecho de Magallanes el primer vapor que saliera para el Rio de la Plata. La bahia Yandagaya, limite entre el dominio argentino y chileno, fué visitada detenidamente. Es una especie de fiordo y en el fondo de ella desemboca un rio alimentado por un magnifico ventisquero, derrame del azulado mar de hielo que, bordeado de la selva antártica, se extiende entre la cumbre escelsa de Monte Sarmiento y el atrevido macizo que lleva el nombre del gran naturalista Darwin.

Despues seguí la interrumpida navegacion á lo largo del canal del Beagle, crucé la bahia Desolada, y admirando los bellos paisajes de otros canales llegué á Punta Arenas con la mayor felicidad y satisfecho del éxito de la exploracion marítima.

No debo terminar esta comunicacion, sin manifestar al señor ministro que he dejado en Ushuaia al cirujano de la Expedicion, por requerirlo asi el mal estado sanitario de ese punto, y atendiendo tambien á los deseos del gobernador interino del territorio, capitan don Federico Muglier.

En cuanto al informe general sobre mis esploraciones, tendré el honor de presentarlo á V. E. cuanto termine la construccion del plano geografico que debe acompañar al mismo.

Aprovecho esta oportunidad para saludar al señor ministro con mi mas alta consideracion.

Ramon Lista.

IX.

INFORME FINAL

LOS RESULTADOS CIENTIFICOS

Buenos Aires, Marzo 20 de 1887.

A S. E. el señor Ministro de Guerra y Marina General D. Eduardo Racedo.

Señor Ministro:

En cumplimiento del superior decreto del 25 de Agosto último, que disponia el reconocimiento y estudio de la parte argentina de la Tierra del Fuego, tengo el honor de presentar á V. E. el siguiente informe, que compendia las observaciones científicas recogidas durante mi

permanencia en aquella isla, *última Thule* de los dominios australes de la República.

Antes de proseguir, señor Ministro, me permitiré hacer mencion del capitán don José Marzano, que me acompañó como comandante de la escolta á mis órdenes, y del cirujano de la Expedición, don Polidoro Segers. Ambos han cumplido con su deber, habiéndose hecho acreedor á su ascenso inmediato el primero, por el valor, acierto y dotes militares que desplegó en el combate que fué necesario librar con los indios onas, en la bahía San Sebastian, en la que resultó herido de un flechazo en la cabeza.

Debo tambien recomendar á V. E. al teniente de marina don Lucio Basualdo, comandante del cutter *Bahía Blanca*, quien desempeñó siempre con acierto todas las comisiones que se le confiaron.

I

ASPECTO GENERAL DE LA ISLA—OROGRAFIA E HIDROGRAFIA

La Tierra del Fuego, ó *Pais de los Onas*, es la mayor de las islas que constituyen el intrincado archipiélago, que se extiende al Sud del Estrecho de Magallanes. Su nombre, impuesto por el gran navegante lusitano, que fué el primer hombre civilizado en verla, recuerda la no perdida costumbre de sus habitantes de encender los matorrales de sus campos, ora en señal de peligro, ora como diciendo á la nave en el horizonte: *¿quién sois? ¿qué buscais?*

El aspecto de esa *tierra incógnita*, hasta ayer, es bellísimo: tiene algo de Noruega y no poco de Suiza, y si está muy lejos de ser un Edén ó un El Dorado, no por ello es menos rica y fértil, aunque en vez de áureas arenas posee filones de cobre y desmenuzante lignita, bajo cuyos mantos solevantados, tal vez encuentre la industria contemporánea el combustible hullero, que es fuerza y progreso.

Mirada en sus valles pastosos, en sus densas y exuberantes florestas, la Tierra del Fuego se presenta al espíritu como una revelación de futura riqueza pastoril, como un «oásis» en medio de las escuetas y requiebrajadas esquistas de la América magallánica.

Su clima marino, pero atemperado por los vientos setentrionales, que soplan durante el invierno, es un fenómeno interesante; y cuando de sus tortuosos valles tapizados de verdes gramíneas, se llega al linde de sus bosques seculares, el viajero no puede menos de protestar contra los erróneos ó calumniosos epítetos, que por tantos años se han prodigado á la mejor tierra magallánica, en cuyas soledades sin caminos viven muchos centenares de criaturas humanas, á quienes la pródiga naturaleza proporciona alimento y vestido, únicas necesidades del hombre en su estado primitivo.

Su orografía es muy remarcable: existen dos cadenas montañosas; una que cruza la isla de N. O. á S. E., y otra que corre á lo largo del canal del Beagle. La primera, ó *Cordillera de los Nodales*, que he llamado así en honor de los ilustres naútas españoles de ese apellido, está

formada, al parecer, de rocas plutonianas y sedimentarias que envían á la costa atlántica, en las corrientes fluviales que de su seno brotan, un verdadero muestrario de gravas, arcillas, pizarras, granitos, pegmatitas y traquitas. Esta cadena, entre cuyas cimas mas elevadas se destacan el monte *Mitre* y el cerro *Victor Hugo*, el primero de 4800 piés, y de 2000 el segundo, soporta en sus faldeos, hasta una altura de 4200 piés, la tupida vegetacion antártica, que mantiene una constante humedad y sirve de barrera repulsiva á las corrientes atmosféricas del océano Pacífico, contribuyendo así con los vientos tibios del N. y del N. E. á modificar favorablemente el clima de la parte argentina de la isla.

La cordillera de Beagle, de igual constitucion geognóstica que la de los Nodales, y como esta rica en yacimientos metalíferos y en vida vegetal, ofrece la particularidad de dos aspectos diferentes, podria decir antagónicos: el glaciario, con sus reflejos azulados, sus avalanchas, sus témpanos y la sensacion de frio que él produce; y la selva virgen, siempre verde, retoñante y de colorido y apariencia tropicales.

En ambas cordilleras tienen su origen numerosas arterias hidrográficas, que turbulentas descienden en zig-zag hasta las riberas marítimas; y algunos de esos «caminos que andan», como v. g. los rios *Pellegrini*, *de los Toldos*, *12 de Diciembre* y *San Fablo* pueden ser navegados en chalanas ó vaporcitos muchas millas arriba de sus respectivos desagües, siendo todos ellos de mas caudal quemuchos de los que existen en Patagonia

El rio Pellegrini, el mas importante de los que riegan la Tierra del Fuego, tiene una anchura variable entre 60 y 100 metros. Su corriente era en el mes de Diciembre de tres millas horarias; su profundidad media, 2 metros; su color claro y su temperatura algo mas baja que la del aire ambiente. Sus márgenes son pantanosas ó abarrancadas, y su lecho está en parte cubierto de cantos rodados de diversos tamaños; su valle es ancho y muy pastoso; forma algunos islotes y desemboca en el Atlántico, á pocas millas del cabo Peñas. (Véase el mapa.)

El rio de los Toldos, que desagua en el Océano, tiene una anchura entre 20 y 25 metros; su fondo es de piedra y su corriente poco impetuosa. Es vadeable en muchos puntos, y creo sea el mismo rio descubierto por el teniente de la marina de Chile don Ramon Serrano Muntaner, al E. del cerro de los Bloques, en el istmo formado por las bahias Inútil y San Sebastian.

El rio 12 de Diciembre, que desemboca dos millas al noroeste del cabo Santa Inés, tiene poco caudal, siendo notable su corriente, y pantanosas sus márgenes, á consecuencia esto último de la enorme cantidad de limo que las aguas acarrearán de las montañas del interior, durante todo el año y principalmente en la época del derriete de las nieves en aquellas.

El rio San Pablo baja del Oeste como todos los mencionados; corre por entre barrancas de poca elevacion y vierte su caudal una milla al sudeste del cabo del mismo nombre.

II

CLIMA, FLORA Y FAUNA

El clima de la Tierra del Fuego está muy lejos de ser lo que piesen algunos espíritus aferrados á las ideas rutinarias; y, científicamente, se puede demostrar que hace mas frio en la Patagonia austral en el valle de Santra Cruz, por ejemplo, que en la zona oriental de la isla.

Las observaciones meteorológicas hechas durante varios años en Ushuaia por el Rdo. M. Bridges, dan para el canal del Beagle (55° de lat.) una temperatura anual media, superior á la que marca el grado de congelacion del agua.

Es indudable que ciertos fenómenos climatológicos han contribuido y contribuyen aún, sin exámen, á dar á la Tierra del Fuego su fama siberiana; pero estudiados los hechos, resulta que la presencia de glaciares en aquellas latitudes, que como he dicho mas arriba, gozan de una temperatura moderada, constituye uno de sus mas curiosos caracteres, mucho mas si se piensa que las nieves eternas descienden hasta 1200 piés, es decir, donde desaparece la estupenda floresta, bajo cuyos pabellones de ramaje, siempre verde, crecen hermosos helechos del género *Lomaria*, que de lejos se tomarian por palmeras del trópico.

Al sud del canal del Beagle las condiciones climatalógicas son poco mas ó menos las mismas que en la grandé

isla. Segun los datos de la mision científica francesa de bahia Orange, á un paso del cabo de Hornos, durante el año que aquella estuvo alli, el termómetro no marcó nunca—8° c.

Mientras tanto, en Santa Cruz suele bajar el mercurio, en invierno, hasta—14° c. (1886); y en el Chubut, algunos grados mas al norte se han experimentado fríos de—9° c.

A pesar de esto, en la primera localidad viven las ovejas y vacas á la intemperie; y en el alto valle del Chubut se cultiva el trigo y otros cereales.

Agregaré, como complemento, que, segun mis observaciones y deducciones, la temperatura media del verano en el extremo sud-oriental de la Tierra del Fuego no debe bajar de + 12° c; y aún esta cifra tal vez sea inferior á la que resultaria de una observacion continuada, pues que la primera quincena de Enero, en bahia Thétis, figura en el cuadro general de la meteorologia del viaje con la media de + 13° c.

Hablar de la vegetacion de la isla es hablar de la flora austral patagónica. En una y otra parte se observan las mismas especies herbáceas y los mismos elementos dendrológicos.

Desde el cabo Espiritu Santo hasta el rio Pellegrini domina la pradera: al Sud se extiende la region de los bosques antárticos. En los valles y quebradas crecen con preferencia los pastos azucarados, las calceolarias, las azorellas y las pequeñas mirtáceas rastreras. En el seno de la selva de robles se entremezclan en una orgia de

colores y matices las magnoliáceas, las fuchsias, las berberides, las airosas codonorchis, las violetas, las cardaminas, los plantagos, los grandes y pequeños helechos, los líquenes, los musgos y los fungus comestibles.

En la pradera podrá desarrollarse la industria pastoril. La selva brinda ricas maderas de construcción, humedad, abrigo y combustible.

El reino animal ofrece menos aliciente que la flora, faltando en la isla muchas especies continentales patagónicas, como el puma, la liebre y el avestruz. No obstante, abundan las aves terrestres y acuáticas, entre las cuales figuran en primer término y respectivamente los loros, zorzales, chingolos, y colibries; y las aburtadas, patos y chorlos. Hay también buen número y variedad de roedores é insectos.

En el Océano y en el canal del Beagle pululan las otarias ó lobos marinos, los peces, los moluscos y los zoófitos: equinodermos, pólipos y microzoarios.

El grande y pequeño pingüin, los cormoranes, larus y golondrinas de mar completan este cuadro del mundo animal, que alienta y lucha por la existencia en la llanura en el bosque, en el fondo del Océano y sobre las rocas y cantiles de la costa.

III

EL ONA Y SUS CARACTÉRES ANTROPOLÓGICOS

La isla del Fuego está habitada por una tribu varonil, la de los onas, que, como se verá mas adelante, forma

el lazo de union entre los tehuelches actuales y los patagones dolicocefalos, que existieron en el valle del rio Negro, probablemente antes del descubrimiento del Estrecho de Magallanes, y cuyos craneos pintados y trepanados algunos, constituyen hoy á la vez que un tesoro antropológico, el punto de partida de todas las investigaciones referentes á la existencia del autóctono argentino.

En la misma isla sobre el canal del Beagle y sobre la Zonda del Almirantazgo habitan, deseminados en familias, los yaganes y alacalufes, que se diferencian notablemente de los onas, pudiendo decirse que no existe entre ellos ninguna semejanza étnica, siendo más bien aquellos próximos parientes de los chonos, como éstos quizás lo sean de los polinesios.

Esta última hipótesis, que tal vez se considere infundada, podría robustecerse con la opinion de algunos sábios geólogos que creen reconocer en el archipiélago del Fuego, en las islas de Diego Ramirez y en la Nueva Georgia, vestigios de un antiguo continente antártico.

Los onas son subdolicocefalos, los tehuelches tienen en su mayor número la misma forma craneana, y, como he dicho ya, los patagones primitivos eran dolicocefalos.

Ya tenemos, pues, un elemento para fundar la unidad étnica que venimos buscando. Veamos ahora cuales son los demás caracteres similares de estas tres interesantes agrupaciones humanas.

Si restauramos á la luz de la osteología al tipo patagon extinguido, vemos aparecer al hombre aborígene del extremo austral del continente, con una estatura casi gi-

gantesca, con una cabeza voluminosa, con macizos maxilares proñatos, prominentes pómulos y frente deprimida por la influencia hereditaria ó atávica de una primitiva deformacion: en su origen, artificial, luego patológica. Agréguese á esto sus usos y costumbres y las creencias religiosas que revelan los prehistóricos enterratorios del rio Negro, donde he visto esqueletos humanos colocados en cuclillas y rodeados de sus armas de piedra, como si la mano que los depositara en el seno de nuestra madre comun, hubiera sido guiada por una inteligencia que vagamente creyera en el dogma de la resurreccion: el patagon debia renacer despues de la gestacion terrestre.

El tipo tehuelche actual posee muchos de estos caracteres antropológicos, y si su dolicocefalia no es tan marcada como en la raza primitiva del rio Negro, no deja, empero, de llamar la atencion, pues que el tipo sud-americano, en general, puede ser considerado como braquicéfalo.

En cuanto á la manera de enterrar, los tehuelches de hoy hacen lo mismo que los patagones prehistóricos. En esto se diferencian les onas, que no entierran nunca sus cadáveres, sino que los queman, tal como hacian antes los yaganes, segun afirmacion de M. Bridges.

Como los habitantes de Patagonia, los onas son de elevada estatura, aunque, considerados estos en su conjunto, no podrían competir con sus hermanos del continente, que gozan, y con razon, fama de ser gigantescos. No obstante, algunos onas de caleta Policarpo pueden considerarse como hombres de alta talla, y entre ellos, los llamados.

Eseps y Kouste miden respectivamente 4m.83 y 4m.84.

Existen muchas otras analogías entre onas y tehuelches, pero solo haré resaltar aquí la gran semejanza lingüística que los acerca, estableciendo definitivamente su parentesco y comunidad de origen.

El idioma tehuelche ó *tzóneka*, se singulariza por su guturalidad, carencia de eufonía y abundancia de consonantes. El que hablan los onas es también gutural, rudo y de difícil transcripción.

Unos y otros salvajes llaman *ótel* á los ojos, *yeper* á la carne, *corrge* al gefe ó cacique, *yegogua* al amigo, *cariken* á la mujer indígena y *kau* al toldo ó choza. En tehuelche, la boca es *shaham*, los onas dicen *shai*, y al cangrejo, que aquellos llaman *kúmal*, estos designan con la voz *kámel*.

Podría agregar muchas otras palabras de una similitud sorprendente, pero creo que basta con las expresadas para demostrar el parentesco íntimo de los dos pueblos cazadores de la América magallánica.

Discurriendo, ahora, en otro orden de ideas, pienso como Darwin, que los fueguinos son mucho mas salvajes que los patagones, y la razon es óbvia. La inteligencia aislada se atrofia como se atrofia un músculo cualquiera que no se ejercita.

En este sentir, la vida insular puede considerarse como la causa capital del escaso desarrollo intelectual de los onas y demas tribus que pueblan la Tierra del Fuego.

El hombre que no atiende mas que á sus necesidades físicas y cuya imaginacion es herida solamente y cada dia

por el mismo espectáculo exterior, se empequeñece, y poco á poco retrocede á la primera etapa de su evolucion intelectual. Esto es precisamente lo que ocurre con los salvajes insulares, condenados al aislamiento, sin otra perspectiva que el estrecho horizonte de su suelo natal, sin mas aspiracion que la de hallar el alimento que esclaviza, sin mas sociedad que la familia, sin mas esperanza que la muerte.

Pero, saquemos al ona de su choza; iniciémoslo en nuestra manera de vivir y en nuestra civilizacion, despertando en su espiritu los anhelos que distinguen á nuestra raza, y, en poco tiempo, lo habremos cambiado y enalteciendo, alejándolo de la fuente impura de su origen.

Por último, señor Ministro, creo que los indijenas fueguinos pueden llegar á ser hombres útiles, trocando sus costumbres bárbaras y su vida nómade por las ventajas de la vida civilizada en torno de las poblaciones que surjan en el desierto donde actualmente tienen ellos sus guaridas.

Ofreciendo á V. E. mas amplios datos, sobre los diferentes tópicos de este informe, en el libro que sobre mi viaje de exploracion estoy escribiendo, tengo el honor de reiterar á V. E. las seguridades de mi mas alta consideracion y respeto.

R. Lista.

SEGUNDA PARTE

DIARIO DE LA ESPLORACION

CAPÍTULO I.

DE BUENOS AIRES A LA TIERRA DEL FUEGO

Les rapports de Barrow sur l'expédition des navires l'*Adventure* et le *Beagle*, son d'accord avec ces récit. D'après lui, la partie orientale de la Terre du Feu serait le meilleur pays de tous ceux qui sont situés au sud du 45° de lat. S.

KAEMTZ (*Cours comp. de Météorologie*, pág. 188. Paris, 1855.)

Octubre 31.—El «Villarino» está listo para partir; se sueltan las amarras y el buque comienza á marchar lentamente. De tierra nos saludan; algunos pañuelos flotantes nos dicen ¡adios!

Ya estamos en el Rio de la Plata, la gran capital argentina, estendida á nuestra espalda, levanta al cielo las cúpulas de sus iglesias y las altas chimineas de sus fábricas. A poco andar cruzamos por entre numerosos

buques fondeados en la rada exterior. A las dos de la tarde ya no se ve la ciudad y navegamos en un océano dulce, pero fangoso; el tiempo es hermosísimo y todo parece presagiarnos un buen éxito. Veremos despues!

Hoy, 2 de Noviembre, hemos avistado el cabo Corrientes y la torre de la iglesia de Mar del Plata, cuya situacion, sobre una elevada colina de la costa, hace que sea visible á muchas millas de distancia en el mar. La punta Mogotes, que se destaca algo mas al sud, seria el punto mas conveniente para establecer un faro.

El viento ha refrescado, pero la marejada es escasa y nos llega de popa, y con su ayuda el «Villarino» corta las ondas con rapidez, filando hasta 11 nudos por hora. Admiro el orden que reina a bordo: no se oyen gritos, nadie corre sobre cubierta, y á no ser por el ruido trepidante del hélice, creeria uno estar aún al costado del malecon del Riachuelo. El «Villarino» es el *pionnee*r de los mares del sud; sus servicios los conoce todo el pais, y su divisa deberia ser ésta: *Res non verba*. Lo manda el Capitan de fragata, D. Federico Spurr, marino de inclinacion y tambien de origen. Es un tipo caballeresco, y, aunque porteño, parece mas bien breton.

Ayer tuvimos un día agradable y una noche apacible; hoy el mar parece un lago y el buque navega sereno y magestuoso. No se vé tierra, pero vamos en demanda de punta Rubia, y tal vez antes de ponerse el sol la tendremos á la vista.

Creiamos ver la costa, pero solo vemos dibujarse en el *ahumado* horizonte una faja de nubes oscuras, que por

instantes toma la forma de aquella. Es un mirage engañoso, y cuando el sol se hunde en el ocaso, la refracción aumenta y al sud, al norte, á babor y á estribor, aparecen fantásticas y fugitivas riberas, que se coloran de púrpura y oro en el horizonte oriental.

Después de marchar lentamente toda la noche, hétenos fondeados frente á la barra del Rio Negro. Esperaremos la marea de la tarde, que tendrá lugar después de las 4 h. para salvar esos banales de arena, eterna pesadilla de los navegantes que frecuentan el país que Mr. Walls ha llamado «de los convictos», calificativo por demás injusto.

Ya estamos dentro del río, y después de una navegación pintoresca, antes de oscurecer, quedamos amarrados al muelle de Patagones. Dícenme que aún no han llegado los soldados que deben servirme de escolta; pero que las mulas para la expedición están ya en camino. Tendré pues, que esperar algunos días, y ojalá que la barra no nos cierre después la salida al mar!

Hoy, día 40, llegó la tropa (25 hombres del 2º Regimiento de caballería) y la mulada también; pero el viento sopla con fuerza del S. E. y por telégrafo le avisan los prácticos al comandante Spurr, que la barra está *picada*.

Sigue hoy, 41, el mal tiempo; «la barra, telegrafian, bravísima, con viento N. E.» Mas tarde (á las 4 h) otro despacho anuncia que aquella comienza á calmarse, y que probablemente, *dará salida*. Es una fausta noticia, pues ya estamos cansados de la inacción, y por otra parte la tropa se hastia en tierra á la intemperie.

Este mismo día recibo como un bombazo la noticia

de la aparición del cólera en la Boca del Riachuelo; pero despues de la amargura é incertidumbre del primer momento, me avisan por telégrafo, de Bahía Blanca, que en la capital de la República no ha ocurrido novedad alguna y que las autoridades nacionales han adoptado toda clase de medidas para evitar la propagacion del flagelo.

Se han embarcado las mulas, y mas tarde vendrán a bordo los soldados de la escolta y 20 hombres mas, que van á relevar al piquete que hace servicio de policia en el cabo de las Virgenes.

Noviembre 12.—Hoy amaneció el dia sereno y atemperado. A las 9 de la mañana nos ponemos en marcha aguas abajo; á las 12 h. cruzamos la barra, donde el escandallo nos anuncia 15 piés de agua, y despues de dejar el práctico que nos guiaba, a bordo del bergantin «Biedma», llegado de Buenos Aires, enderezamos nuestro rumbo al sud corregido.

El viento N. E. nos impulsa, y la mar, algo gruesa tambien, favorece nuestra marcha con su empuje. A media noche cambiamos de rumbo y proa al O., navega el «Villarino» en demanda del golfo Nuevo. A las 4 de la mañana pasamos punta Ninfas, y tres horas despues cae el ancla en puerto Madryn, el mas abrigado y de mejor tenero de los que existen en dicho golfo.

Hay un bergantin en el puerto, y en tierra se vén algunas casillas de madera y un tren rodante con locomotora.

El Villarino tiene á su bordo algunos pasajeros que van al Chubut, y como la mar sigue agitada é impide

mandar bote á la costa con ellos, se llama con pitadas para que vengan de allí en su busca.

Transcurren algunos instantes, y del muelle del primer ferro-carril patagónico, vemos desprenderse un valiente vaporcito que hincde las olas y llega, no sin trabajo, al costado de nuestro buque, recibiendo en seguida los mencionados pasajeros y sus equipajes.

He dicho que Madryn es el mejor puerto de golfo Nuevo; pero, desgraciadamente no existe agua potable y aquella que se bebe es de condensacion ó de la lluvia es-casa que se recoge en cisternas.

La colonia galense del Chubut, cuya poblacion va siempre en aumento, carecia de puerto hasta hace poco tiempo, siendo muy difícil la entrada al rio del mismo nombre debido á su movediza barra, donde en mareas vivas solo se hallan 12 piés de agua; pero hoy, con la construccion de la vía férrea que la pondrá en comunicacion con Madryn, es de esperarse que sus trigos y demás productos tendrán una fácil y económica salida.

El aspecto de las costas del golfo es monótono y desamparado; no hay casi vegetacion herbácea; únicamente se ven arbustos achaparrados. La zoología terrestre solo merece mención por sus roedores y algunas aves idénticas á las del valle del Rio Negro; pero, en las aguas marinas viven enjambres de peces y abundan los moluscos comestibles. Tambien suelen verse otarias, delfinoides y algunos tiburones pequeños, pero voraces como sus congéneres del trópico.

A las 9 a. m. levamos ancla y, proa al E., el Villa-

rino busca otra vez el océano para seguir su derrota.

Mañana, dícenme, llegaremos á Deseado y esa será nuestra tercer jornada.

Domingo 14.—A medio día nos hallábamos frente al cabo Tres Puntas, y una hora después teníamos por estribor el cabo Blanco, límite meridional del temido golfo de San Jorge, cuya exploración hidrográfica sería un timbre de honor para cualquier Ministro de Marina y para los oficiales que se encargasen de ese trabajo

Mar ondulada; presión atmosférica 735 m.: tiempo espléndido; Spurr reboza de alegría, y en el interés de la expedición, resuelve no entrar en Deseado. Así, pues, mañana iremos á fondear en Santa Cruz.

Observo un fenómeno interesante: á consecuencia del *Byron shoal*, situado entre los dos cabos que menciono, y debido también á la dirección opuesta del viento y la corriente de marea, hácese formado al sud del cabo Blanco un *tide rip*, de alguna consideración. El agua parece hervir y sus espumas van al acaso, ora al oeste, ora en sentido opuesto. Las cartas náuticas inglesas no marcan este *tide rip*.

A las 4 h. 30 m., este-oeste con puerto Deseado; á las 5 h. 30 m. este-oeste con la isla Penguin.

Lunes 15.—A las 6 h. doblamos el cabo San Vicente de Paul, donde se perdió el vapor nacional «Murature», y seguimos navegando próximos á la costa, que es alta, sin escollos y de mucho *braceage*.

La mar parece una *balza de aceite*, y apenas si se mueve el barco. ¡Qué admirable viage! El P. Fagnano, capellan

de la expedición, se restrega las manos, exclamando: «al ménos por esta vez, no podrán decir que las sotanas son portadoras de desventura!

A las 9 h. vemos punta Norte y mas léjos el monte Entrance. Ya estamos en la bahía de Santa Cruz.

Son las 11 de la mañana; acabamos de fondear al abrigo de punta Reparo. Cerca de ésta, en un vallecito, está el edificio de la Gobernacion del territorio, el de la Sub-prefectura y algunas casillas mas. Santa Cruz ha cambiado poco desde la última vez que lo vi; la misma soledad reina por doquier; no se vé un solo árbol ni arbusto exóticos; la costa está siempre desierta; el rio corre imperturbable. Si Darwin reapareciese en estos parages, experimentaria, sin duda, la misma impresion que en 1834, la que nos ha hecho conocer con tanta elocuencia en su *Viaje de un Naturalista*

Noviembre 18. — Dejamos nuestro fondeadero de Santa Cruz con los primeros albores del dia y navegamos con rumbo á Gallegos. El pailebot «Piedra Buena» queda en el puerto alistándose para ir á San Sebastian, pasar á Tétis y despues á Buen Suceso, donde he dado cita á los demás buquês auxiliares de la expedición: los cutters «Santa Cruz» y «Bahia Blanca».

Navegacion agradable. Seguimos la costa y vemos sucesivamente Monte Leon y las colinas de Coy-Ynlet.

A las 5 de la tarde fondeamos frente á la Sub-prefectura de Gallegos. Estamos en la *California del Sud*, como han dado en llamar á esta parte de la Patagonia los afonosos buscadores del *vellocino de oro*. No se habla

aquí sinó del rubio metal, cuyo descubrimiento se debe al argentigo D. Gregorio Ibañez, quien, habiendo naufragado en el cabo de las Virgenes, tuvo la fortuna de hallar en un pozo, que él hiciera para extraer agua, muchas y grandes pajillas de oro. Sobre este hallazgo llamé la atencion del Gobierno en «Mis esploraciones y descubrimientos en la Patágonia» (1880), y en este mismo libro denuncié la existencia de particulas auríferas en otras localidades del Territorio de Santa Cruz.

El departamento de Gallegos cuenta con una poblacion que no debe bajar de 500 almas, sin incluir en este número los soldados de linea al servicio del Delegado de Minas, ni tampoco los indios tehuelches que viven nómades en él.

Cerca de Los Frailes y Los Conventos, y sobre las margenes del rio hay establecidos algunos hacendados, y entre ellos Mr. Wood posée cerca de 20,000 ovejas. Otros, como el capitan Eberhart, piensan introducir de Malvinas algunos rebaños mas. Este incremento que parece tomar la ganadería, se debe á los excelentes pastos y aguadas del departamento. Además, la hacienda lanar puede vivir á la intemperie y multiplicarse facilmente.

Noviembre 20—Aprovechando la marea ascendente, salimos en la tarde de puerto Gallegos, y doblando la punta de Loyola, el Villarino vuelve á dirigir su proa al sud.

A las 8 p. m. este-oeste con el cabo de las Virgenes. Vemos la pirámide de Dungeness, que sirve de direc-

ción á los buques que navegan el Estrecho de Magallanes.

Durante la noche marchamos á media fuerza, y apenas clarea el dia damos fondo en el ángulo S. O. de la estensa bahia ó mas bien golfo de San Sebastian, á una milla de la costa, cuyos elevados cantiles aparecen cortados por pequeñas quebradas pastosas donde, al rayo del sol naciente, relumbran como cristales algunos chorrillos de agua que caen á la playa en pequeñas cascadas.

Al rato desembarca el capitán Marzano con diez hombres y seis mulas. El resto de la tropa vá despues á tierra con igual número de animales, y como el viento del norte comienza á soplar con fuerza, levantando gruesa marejada, yo salto sin demora en uno de los botes que están al costado del Villarino, cargando equipos y algunos viveres; y, á remolque de una lanchita á vapor y en medio de una mar espumosa, mando hacer rumbo hácia la playa distante, que poco á poco va dejando en seco el reflujo. Un cuarto de hora despues, baramos en dos cuartas de agua, y no siendo posible poner á flote las embarcaciones, desembarco allí mismo y azotado por el oleaje que se rompe sobre la arena, sigo á pie, y detrás de mí desfilan tres ó cuatro marineros que conducen galleta y charqui para la gente que está en tierra.

Abordo del transporte han quedado el capellan y el cirujano de la expedicion, D. Policarpo Segers, con orden éste último de vigilar la descarga de nuestros viveres, resto de la mulada y cincuenta ovejas adquiridas en el rio Negro, en prevision de que puede faltarnos carne fresca durante el viage.

CAPITULO II

S A N S E B A S T I A N

Estoy por fin en la Tierra del Fuego, y experimento una emocion profunda, mezcla de ávida curiosidad y de satisfecha ambicion. De un lado está la nave que representa la vida civilizada y que me ofrece todo género de comodidades; hacia el sud se extiende lo desconocido, el desierto sin caminos, la esfinge á quien vamos á interrogar.

Al pié de una cascada bulliciosa, sobre la playa de cascajo, están alineados los soldados y esperan mis órdenes.

Hago reunir las mulas y trepando la barranca de la costa, establezco mi primer campamento en un pequeño cañadon con abundante pasto y diseminados matorrales espinosos.

El 22, el viento aumenta de fuerza, siendo imposible toda comunicacion con el Villarino, que zarpa al oscurecer para buscar abrigo sobre la banda opuesta de la bahia.—Llueve á intervalos.

En los fogones los soldados charlan y toman mate, sin preocuparse en lo mas mínimo de los peligros que tal vez nos rodeen.

Para algunos, los indios que habitan la isla son un aliciente, y manifiestan deseos de hallarse cuanto antes con ellos, no para batirlos, que muy poco caso hacen de sus aptitudes guerreras, sinó por mera curiosidad,

pues ha circulado en el vivac la noticia de que se comen las viejas y desean adquirir la certidumbre de tan extraña costumbre.

Los mas letrados refieren que los onas son enanos, que tienen cola y viven bajo la tierra. Yo escucho tan alegres inventivas y trato de conocer el carácter de los veteranos que van á ser mis compañeros de muchos dias. En su mayor parte son hombres juvenes, robustos, y animosos. La vida de campaña les agrada en alto grado, y ansían que llegue el momento de marchar al interior. El capitán que los manda es un arrogante oficial, formado en la guerra contra los indios de la Pampa.

La noche es oscura, y el viento silbante apaga las voces y arrebatá las cenizas de los fogones. Un solo soldado vigila el campamento.

Trato de dormir, pero el sueño huye de mis ojos, y bajo la influencia de la hora y de antiguas lecturas, la isla austral aparece ante mi imaginación como un escollo desamparado, como un tumba de vajeles.

La oscuridad se desvanece rápidamente y con los primeros albores de la mañana, vuelven á brillar los fuegos del vivac, casi apagados.

Aguijoneados por la curiosidad, los soldados pónense en movimiento: unos observan la bahía, enorme napa grisácea, que el viento espolea con furia creciente; otros trepan las colinas que rodean el campamento, y con ojos de aguilá registran el horizonte meridional, que poco á poco clarea y se dilata, en medio de la soledad y del silencio del desierto.

En la tarde, bajo un fuerte vendabal regresa el Villarino á su primer fondeadero, y despues de algunos momentos, vemos dos de sus embarcaciones que se dirigen hácia la playa, luchando contra el revuelto oleage que las aparta de su rumbo é impele sobre negruscos, poliédricos peñascos, que por vez primera contemplo en un recódo de la ribera inexplorada, cuya linea sinuosa se desenvuelve como una muralla ciclópea, derruida por el tiempo.

Mientras yo observo, con creciente ansiedad, la lucha entre hombre y el liquido y traidor elemento, los soldados acuden presurosos á la costa, con cuerdas y lazos para prestar auxilio, en caso necesario, á los marinos en peligro. Felizmente, pocos momentos despues quedan los botes al abrigo y con las últimas mulas de la expedicion, llega á tierra el Piloto Carbonetti, quien por cumplir con su deber ha estado á punto de ahogarse con todos sus compañeros

En ese tiempo los indios onas hánse acercado al campamento; pero, al ser sentidos por los sentinelas, huyen precipitadamente, incendiando al paso el campo á nuestra derecha.

Como es natural, este incidente origina gran alarma en el campamento, y á fin de estar listos para repeler cualquier ataque, he mandado cargar las armas y redoblar la vigilancia en las inmediaciones del cañadon, que en lo sucesivo se llamará *de los Expedicionarios*.

Habiendo calmado el viento ya cerca de oscurecer, el Comandante Spurr, envia á tierra, con el cirujano,

el resto de las ovejas, algunos útiles y todos los viveres de la expedición, siendo estos últimos desembarcados en baja manera, sobre la playa, distante, que rápidamente ha ido quedando en seco.

Llegó la media noche: la tropa se ocupa aun en él transporte, á hombros, hasta el pié de la barranca, de los ochenta ó noventa cajones y bolsas que contienen las provisiones y enseres de viaje.

Es una tarea por demas penosa y no sin peligros. Yo la dirijo personalmente, y el Capitan Marzano alienta con sus voces á aquellos incomparables soldados, valientes, sufridos, dispuestos siempre á toda clase de sacrificios y fatigas, héroes modestos que han ilustrado con su sangre, vertida á torrentes sobre la caldeada Pampa, la historia militar de la caballeria Argentina.

Antes de amanecer, algunos espías onas háense acercado á observar el vivac. Qué sorpresa para los salvajes el ver, en medio de la oscuridad, mas bien que hombres, seres fantásticos, chapaleando los charcos de la playa, alumbrados débilmente por la luz temblorosa de los candiles improvisados!

Las primeras horas de la mañana han sido dedicadas al descanso, y al medio dia mando practicar un reconocimiento militar en direccion á un erguido cerro, que destaca sus perfiles irregulares hácia el horizonte del sudoeste, ligeramente ahumado por reciente incendio que han producido los indígenas, y que bien puede ser la señal de alarma para las distintas tribus diseminadas sobre ambas riberas de la bahia.

Es la última hora de la tarde: regresa la partida de reconocimiento, con el parte de no haber ocurrido novedad durante la marcha, aunque ha hallado en el trayecto algunos toldos, abandonados de mucho tiempo atrás.

Noviembre 25.—En el deseo de inquirir personalmente el paradero de los indios, hoy á las 7 de la mañana salí del campamento con el Capitan y diez soldados, haciendo rumbo al citado cerro.

Después de una marcha de dos horas, al paso y al trote, cruzando cañadones y sinuosas lomadas, descubrí una tolderia, que recién habían abandonado los indios, pues ardía aún sus hogares.

Los toldos,—consistentes en unos hoyos ó nidos de 3 á 4 decímetros de profundidad, cubiertos en parte de yerbas desmenuzadas, y resguardados al viento por cueros de guanacos, sin pelo, sostenidos con bastones de madera dura,—nos detuvieron un instante. Había en ellos algunos utensilios de cocina, sacos de cuero con pedernales y pinturas, y otras chucherías que no merecen mencion.

Los rastros de los onas iban al sudoeste, en zigzag y claramente impresos. Viólos unos de los soldados, que pasa por «rastreador» entre sus compañeros, y dijo al punto:—«Allí no mas están, detras de la loma.»

Nos lanzamos sobre la pista, y antes de una hora vimos á los salvajes, en un cañadon, al sud del cerro que nos sirviera de guia.

En la persecucion, estos fueron arrojando sus *quillangos*, y hasta abandonaron una criatura, que alzó un soldado y puso sobre la grupa de su mula.

Los onas, detenidos, desplegaron en semicírculo, tras un espeso matorral espinoso, por cuyo centro corre un arroyito. La posición había sido bien elejida para resistir nuestro ataque; y, sin más ni más, rompieron las hostilidades, disparando sus flechas sobre la tropa, que, á pié, fatigada y en cumplimiento de mis órdenes, se mantenía simplemente en la defensiva, pues mi propósito era el de desarmarlos y conducirlos al campamento, para por medio de regalos propiciarme su buena voluntad, y obtener entre ellos un guía que me llevase á través de la Isla.

Viendo que continuaban en su actitud guerrera, mandé hacer fuego, sin dirección, para intimidarlos; pero ellos contestaron arrojando nuevamente sus flechas, una de las cuales hirió levemente á un soldado, cerca de la tetilla derecha.

En seguida se ocultaron en el matorral, y de allí nos provocaban con gritos airados.

Intente desalojarlos; incendiando su guarida, pero en ese mismo instante cayó un fuerte chubasco de granizo y lluvia, que impidió mi propósito.

Volvieron á arrojar sus flechas los salvajes, y á favor de la ligera neblina formada por la lluvia, dos de ellos echaron á correr cuesta arriba de una elevada colina, á retaguardia del matorral, no siendo posible darles alcance, ni en mula, pues corrían como guanacos, fuera de que, numerosas cuevas de *tucu-tucos* entorpecían cada paso de los perseguidores.

Quedamos algunos instantes á la expectativa, en la

esperanza de que los indios se entregaran; pero siguieron en su actitud enconada; y como la noche se aproximaba y era necesario á toda costa apoderarse de esa gente, por la seguridad misma de la expedición, di la señal de ataque, sable en mano: el capitán iba á la izquierda, con tres hombres; yo en el centro, y el resto de la tropa á la derecha. Los indios nos recibieron con una granizada de flechas; y, cuando salvaba el capitán las primeras matas, cayó herido de un flechazo cerca de la tómpora izquierda. No obstante, prosiguió el combate con el mismo ímpetu; y, después de algunas descargas de carabina, el matarral quedó en nuestro poder, y sobre las zarzas veintiocho muertos, entre ellos un ona atlético, el jefe, quien en lengua *tzoneka* habia repetido durante el combate, la palabra *corrige* (cacique), retándonos tal vez á un duelo singular.

Como habian quedado en poder de la tropa algunos prisioneros y heridos, dispuse nuestro inmediato regreso al campamento, donde el cirujano practicó en el acto las primeras curaciones, reconociendo prolijamente la herida del capitán, que ha resultado, felizmente, no ser de mucha gravedad.

Noviembre 27 — Los heridos siguen bien; el Capitán está fuera de peligro y duerme tranquilamente.

Hoy, de mañana, ancló el cutter «Bahia Blanca» frente al campamento. El oficial que lo manda, alférez de navío, D. Lucio Basualdo, ha bajado á tierra á recibir órdenes.

Escribo al señor Presidente de la República, dándole

cuenta del choque con los onas, y hago embarcar los heridos.

A medio día el buquecito expedicionario se hace á la vela con destino á Gallegos, en cuyo puerto esperará el regreso del Villarino, á fin de entregar á su bordo los indios y la correspondencia para Buenos Aires.—Después ira á Tétis.

La bahía de San Sebastian, considerada en otro tiempo como la entrada de un canal que comunicaba con el Estrecho de Magallanes, es un extenso golfo donde los vientos levantan gruesa marejada. Propiamente dicho, no existe en él puerto alguno; pero hay si buenos tenderos y sonda regular.

En la parte del Norte no se conoce ningun riesgo oculto. Detrás de la punta de Arenas, está situado el mejor fondeadero y en ella el sitio mas aparente para tareas de descarga.

En la parte meridional se notan grandes displayados y un bajo fondo de piedra que, según Fitz-Roy, requiere un resguardo de 3 millas.

El Cabo San Sebastian, promontorio escarpado y oscuro, sirve de dirección para entrar en la bahía, cuyas tierras inmediatas se elevan hasta 4,200 piés sobre el nivel del Océano. No obstante, sus costas son bajas, en general; pero del lado sud se ven altas barrancas tajadas á pico, en cuyas areniscas abre la mar enormes y fantásticas grutas que suelen visitar, de cuando en cuando, las otarias de un pelo y los tímidos pingüines andariegos.

Los terrenos de San Sebastian no me parecen de la

misma geológica que los que he estudiado en las sombrias quebradas patagónicas; pero los considero también como terciarios, y pienso que tal vez puedan identificarse con los de la formación *guaranítica*, sin fósiles, estudiada en el continente por el ilustre D'Orbigny.

Hacia el Oeste de la bahía se extiende una planicie casi al nivel del mar, y cubierta de pequeños lagos y lagunajos salados. Esta depresión insular parece demostrar la existencia anterior de un canal que ponía en comunicación el Atlántico con el Estrecho de Magallanes.

Al pie de las lomadas de la costa, examino algunos bloques erráticos, de formas caprichosas y de naturaleza cuarzosa, cuya presencia, en estos sitios es un argumento más en favor de la anterior hipótesis, pues es verosímil que han podido ser acarreados por témpanos flotantes, desprendidos quizás de las colinas, que del lado Norte constituyen la cadena oblicua entre punta Nombre y bahía Inútil.

Buscando con tesón, hallo vestigios de carbon fósil, y en el paraje donde vivaqueamos como en los demás cañadones próximos, el manto de *humus*, que alcanza un espesor de 0^m. 50, alimenta, apesar de enorme cantidad de cuevas de *tucu-tucos* (*Ctenomys magellanicus*—*C. fueguinus*) que existen en él, una vida vegetal que me recuerdan las espléndidas vegas de la Patagonia magallánica.

Veo los mismos arbustos que he aprendido a conocer en río Gallegos y Punta Arenas, y si faltan algunas especies harbóreas que allí abundan, no por ello es ménos rica la flora fueguina que cuenta con la *berberis buxi-*

folia, el *empetrum rhubrum*, dos *mirtáceas*, la *genciana*, la *primula* y la *clarionea* magllánicas; una *calceolaria*, una *saxifraga*, un *carex*, una especie de achicoria (*Taraxacum loerigatum*) y algunos fungus y líquenes que crecen adheridos á los arbustos y rocas.

La fauna está representada principalmente por las siguientes aves acuáticas: gaviotas, (1) abutardas, (2) patos, (3) bandurrias, (4) flamencos, (5) chorlos, (6) y teruteros (7). Hay tambien cernícalos, (8) chimangos, (9) ratonas, (10) y chingolos (11).

En la playa de la bahía encuéntranse muchos huesos de la colosal ballena antártica (*Sibbaldus antarcticus*), algunos cráneos del hermoso delfinoide, conocido sistemáticamente con el nombre de *tursio obscurus*, y escasas valvas de moluscos gasterópodos. En clase de peces los hay iguales á los de la costa patagónica, pero son mas abundantes que en las aguas del continente; y los llamados róbalos y merluzas, que con frecuencia baran en la playa, deben constituir un gran recurso para los indios que viven cerca de la costa.

-
- (1) Larus.
 - (2) Bernicla antártica.
 - (3) Dafila—Anas.
 - (4) Theristicus melanops.
 - (5) Phœnicopterus ignipallatus.
 - (6) Eudromias modesta.
 - (7) Vanellus cayanensis.
 - (8) Tinnunculus sparverius.
 - (9) Milvago chimango.
 - (10) Troglodytes fuscus.
 - (11) Zonotrichia australis.

Los insectos no se dejan ver sino en pequeño número, y entre ellos figuran en primer término las negras y relucientes *nyctelias*, y algunos otros coleópteros que viven en Patagonia y hasta en las islas Malvinas.

En cuanto á la temperatura, la considero muy variable; pero nada me revela los grandes frios, que segun pretenden algunos rutinarios, deben hacer de la isla una de las regiones mas inhabitadas ó inhabitables. Por lo contrario, la tierra parece mas fecunda que bajo latitudes mas bajas del continente, y la nieve del invierno no ha dejado las señales de su abundancia y prolongada permanencia en el suelo.

En la estacion en que estamos, el termometro descien- de hasta $+ 6^{\circ}$ c; pero sube con frecuencia á $+ 20^{\circ}$, en la misma escala.

Noviembre 27.—Ayer y hoy he hecho arreglar cuanto conviene y es necesario conducir en marcha: armas, instrumentos, viveres y muchas otras cosas siempre indispensables en un viaje de exploracion, sobre todo cuando este se lleva á cabo en un pais desconocido y poblado por una raza varonil, que, con razon ó sin ella, goza fama de ser autroprófaga. Entre estos últimos menesteres figura una especie de bote de cauchuc vulcanizado. Mide 4 m. 85 de largo, por 1^m 33 de ancho; su forma es oblonga; se llena de aire en 10 minutos con un fuelle dotado de un tubo de goma; su peso es de una arroba, poco mas ó menos; puede contener dos personas, y se maneja con pequeñas palas.

En rigor, esta pequeña embarcacion serviria para des-

cender un río; pero solo se emplea para cruzar corrientes de agua que no ofrecen vado; y, como tengo la seguridad de encontrar en el tránsito algunos raudales, espero que prestará muy buenos servicios á la expedición.

Todas las provisiones que no es posible transportar, pues solo dispongo de 11 mulas de carga, siendo las demás de montar, se colocan en cajones, que se entieran en distintos puntos del cañadon. Asi tendremos sustento para dos ó tres meses dado el caso fortuito de tener que retroceder á San Sebastian, despues de internados en la isla.

Como mañana es el dia señalado para dar principio á la exploracion, mando al capitán con dos soldados á reconocer en parte la comarca que vamos á cruzar diagonalmente hasta el Atlántico. Lleva rumbo al sudoeste, con orden de no abandonarlo sino por fuerza mayor, debiendo anotar en el camino todo aquello que pueda ilustrar en algo la opinion que he formado acerca de la isla fueguina.

Despues de dos horas, regresa la comision con la noticia de haber visto campos pastosos, con agua potable y abundante combustible leñoso. Han hallado tambien algunas tolderias abandonadas y rastros recientes de un indio que iba de carrera

Los indígenas que irán con nosotros, son tres mujeres y un muchacho. Creo que podrán servirnos de guias y tal vez de intérpretes, pues la lengua que hablan tiene mucha analogia con la de los patagones; y, por una feliz

VIAJE AL PAÍS DE LOS ONAS



Eloisa

Sebastian

Célica

Onas del Norte (segun fotografia)

casualidad llevo entre algunos libros de consulta el mio titulado «Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia», que contiene un vocabulario tehuelche, bastante extenso.

A fin de distinguirlos entre sí, he impuesto á los ~~omas~~ nombres que serán confirmados mas tarde por el agua bautismal, segun lo desea el capellan.

La mayor se llama Rosa, la segunda Cética, y Eloisá la tercera. Al indiecito le ha tocado el nombre de Sebastian, en recuerdo de la bahia donde estamos

Rosa, que debe tener unos 18 años de edad, es de fisonomía móvil y simpática, siendo tostado el color de su piel, reluciente en la cara, por la grasa que emplean, unas veces para parecer mas hermosas, otras con motivos simbólicos; sus cabellos son negros y lácios, cortados en cerquillo sobre el vértice. En ellos germina un mundo de parásitos, semi-ocultos, bajo el ocre rojo, con el que los hombres y mujeres se embardunan la cabeza, tal vez con un propósito higiénico. Esto mismo suelen hacer los patagones, cuya riqueza parasitaria y suciedad, no les permite dormir tranquilamente. «Lice never sleeps», deciale cierta noche á Musters, el cacique tchuelche Casimiro, desesperado de revolcarse en los pliegues de su manta de guanaco.

Cética, es algo mas jóven, su color es idéntico al de aquella; sus cabellos son tambien negros, y están untados con pintura.

Eloisa debe tener 12 años, y reúne idénticos caracteres físicos. Lo mismo tendria que decir de Sebastian.

En general, son bien conformados; de cabeza voluminosa, ojos oblicuos y oscuros, nariz aplastada y á veces ligeramente aguileña; frente estrecha, pómulos salientes, boca grande, labios gruesos, menton redondeado, pecho ancho y saliente, manos y piés pequeños, mandibulas regulares y dientes gastados horizontalmente por la masticacion.

Sus caracteres antropométricos están expresado en este cuadro:

	ROSA	CELICA	ELOISA	SEBASTIAN
Altura del vértice sobre el suelo.....	1, ^m 69	1, ^m 67	1, ^m 36	1, ^m 40
Circunferencia del cuerpo bajo las axilas.....	1, ^m	0, ^m 98	0, ^m 78	0, ^m 80
Id. de la cabeza.....	0, ^m 65	0, ^m 66	0, ^m 65	0, ^m 62
Longitud frontal mínima.	0, ^m 22	0, ^m 22	0, ^m 21	—
Distancia entre los ojos.	0, ^m 4	0, ^m 4	0, ^m 4	0, ^m 4
Longitud de la boca....	0, ^m 5	0, ^m 5	0, ^m 5	0, ^m 6

Respecto del idioma que hablan estos salvajes, aunque no he tenido todavía el tiempo necesario para darme cuenta cabal de su naturaleza y filiacion, soy de opinion que pertenece al grupo de las aglutinantes, presentado por otra parte, notables afinidades con el que hablan los tehuelches de la Patagonia, á quienes se asemejan tambien los onas en sus caracteres antropológicos, en general.

La lengua de estos últimos, ofrece palabras homófonas; es decir, con el mismo sonido, pero con distinto significado.

Su alfabeto cuenta con las vocales *a, e, i, o, u* (ou francesa) y con la semi vocal *y*.

Las consonantes guturales *k, j*, son muy frecuentes, siendo esta última fonéticamente igual a la *ch* alemana.

En cuanto á las formas gramaticales, poco ó nada he podido averiguar hasta ahora, y por ello me limitaré a enumerar algunas voces que voy recogiendo y comparando con las mas usuales tehuelches.

PEQUEÑO VOCABULARIO DE LA LENGUA DE LOS ONAS
DE SAN SEBASTIAN

ESPAÑOL	ONA	TEHUELCHÉ
Arrojar	Karrié	
Aljaba	Koorrién	
Afilar	Shemké	
Arco	Ja'a	
Beber	Cheten	
Boca	Shem	Sham
Bigote	Ashchij	Ashchij
Cacique	Corrge	Corrge
Cantar	Yeguf	
Carne	Yeper	Yeper
Comer	Joi	
Costilla	Parr	Parr
Cuchillo	Peí	Peijen
Dedo	Terr	
Dientes	Horr	Orr
Escupir	Poote	
Estrella	Tellu	
Flecha	Ya'an	
Frio	Kojesh	Kokójesh
Mano	Cheij	Chen
Menton (barba)	Shéken	Shéken
Mirar	Kooném	
Mujer	She	Ishe ó She
Nariz	Or	Or
Ojos	Otel	Otel
Oreja	Shen'n	
Pescado	Oien	Oien

CAPÍTULO III

EN LAS PRADERAS

Noviembre 30.—Todo está listo para marchar dentro de media hora.

La expedición, que consta de veintinueve personas, sin incluir en este número el muchacho y las mujeres indígenas, va a desafiar los peligros y las intemperies del desierto inexplorado.

Quién sabe cuál será la suerte que nos depara el destino! Pero suceda lo que sucediere, he jurado ir adelante y llegar, cueste lo que cueste, á las ásperas riberas que baña el estrecho de Le Maire, cuyas aguas procelosas cruzan quizás en este mismo instante las pequeñas naves que deben esperarnos en Tétis ó Buen Suceso, únicos surgideros de la parte sud-oriental de la isla.

Antes de partir, determino por altura meridiana la latitud del sitio que vamos á dejar, tal vez para siempre.

Resulta que nos hallamos en los $55^{\circ} 48' 35''$ S.: el límite de nuestro viaje terrestre está á trescientos kilómetros de distancia, en línea casi recta; pero, teniendo en vista los desniveles del terreno y las escursiones parciales que deseo efectuar en el tránsito, tendremos que recorrer una distancia mucho mayor.

«En marcha!» Suena el clarín; la tropa desfila en hileras; los *cargueros* y las ovejas van detrás.

La tarde es calurosa; el camino está como sembrado de cuevas de tucu-tucos. Las mulas húndense a cada paso

en aquellas; los soldados reniegan. Ya comenzó la *viacruce* para el cirujano, poco experto en equitación y en viajes de esta naturaleza; pero entusiasta y de buena voluntad.

Es imposible hacer una larga jornada.

«Busquen, adelante, un buen alojamiento», he dicho á los soldados que van de descubierta».

«Alto! Pié á tierra!»

Estamos ahora en un vallecito pastoso, pero sin agua á la vista. Para obtener esta, hago abrir casimbas en una depresion del suelo que conserva señales de un aguazal.

Despues de algunos momentos brota el precioso líquido que beben los viajeros y desaltera á los sedientos animales.

Hemos recorrido en tres horas escasas, de 15 á 16 k. En el camino hay muchas lagunitas y numerosos y tupidos matorrales.

Diciembre 1º.—La noche ha pasado como un sopro. El desierto ó mas dicho bien lo desconocido, tiene sobre el espíritu un dominio tan grande y tiranico, que todo otro pensamiento desaparece ante sus rumores, produciendo una especie de febril agitacion, que hace que las horas pasen rápidas é inapercibidas.

Esto es precisamente lo que me ha sucedido anoche, en medio de un insomnio nervioso, no bajo la tienda de campaña sino á la intempérie, bajo la bóveda espléndida del cielo austral, cuyas constelaciones y nebulosas he contemplado tantas veces en estas peregrinaciones aventureras.

Son las 6 de la mañana. La tropa ya va en marcha; yo he quedado detrás para tomar algunas direcciones y corregir el rumbo que debemos seguir durante el día.

Una hora después, en medio de una pequeña pampa, hago hacer alto, para dar un respiro á las cabalgaduras, con las cuales es necesario tener toda clase de consideraciones, pues hay mucho que andar en ellas y no tienen relevo.

Seguimos al rato, con rumbo S. E.; y, á las 8 h. 20 m. cruzamos un arroyito que corre del oeste, en cuyo horizonte, como á 15 millas, se vé una sierra que supongo será la continuacion de las tierras altas del cabo San Sebastian.

Los campos no son tan buenos como los que he visto ayer; las cuevas de roedores son siempre muy numerosas, y los accidentes orográficos se acentúan cada vez mas. Los matorrales son ménos frecuentes y densos; el suelo es seco y está cubierto de materiales de aluvion, que me recuerdan los mantos detriticos de la Pampa y de la Patagonia.

Sobre la márgen derecha del arroyito hemos encontrado veinte y cuatro hoyos, donde los onas han tenido otros tantos toldos.

Si suponemos que cada uno de ellos pueda cobijar seis indios, aqui han estado ciento cuarenta y cuatro; es decir, toda una tribu.

El cauce de esta pequeña corriente, mide unos dos metros de ancho, por término medio; su lecho es de dura arenisca, y correntosas, dulces y cristalinas son sus

aguas, que supongo vayan á derramarse en las inmediaciones del cabo San Sebastian, donde los indios, con gestos y miradas parecen querer significarme que existe una tolteria numerosa

A medio dia dejamos el arroyito, en cuyas orillas *vi*-*va*queamos un momento, y despues de recorrer cinco mil pasos con rumbo á un lindísimo morro, algo semejante al cerro de Montevideo, descubrimos *ex-abrupto* un rio abarrancado y sobre su márgen izquierda un gran alojamiento de indios, los que al sentirnos comenzaron á gritar como condenados, á la vez que corrian en todas direcciones, prendiendo fuego al campo cerca de sus toldos y haciendo vadear el rio á las mujeres y niños, que, dominados por el pánico, se echaban al agua en tropel, abandonándose á la corriente, muy rápida, en medio de la voceria y ademanes de los hombres, alistándose para pelearnos.

El capitan, el P. Fagnano y el cirujano, me rodeaban en ese instante. Detrás, á pocos pasos, seguian diez hombres y el trompa de órdenes.

Mandé entonces: «Alto!» y los indios, por primera vez en su vida, oyeron el toque del clarin, cuyo éco repercutió á la distancia.

¡Qué momentos de ansiedad para los pobres salvajes!

Yo queria evitar un nuevo combate, y como el soldado argentino es belicoso por naturaleza y muy difícil de contener frente al enemigo, hice echar pié á tierra á la tropa y ordené al capitan que nadie se moviera ni cargara sus armas.

«Vaya Vd. Padre con el cirujano, dije al capellan, y traten de hacer comprender á esos indios que somos sus amigos y que nada deben temer de nosotros».

El Sr. Segers, seguido de cerca por el capellan, avanzó hácia las matas tras las cuales se hallaban, semi-ocultos, los sorprendidos salvajes. Cuando mis compañeros estuvieron á tiro de flecha, el soldado Morales, mi asistente, fué á incorporárseles haciendo flamear la bandera argentina, que para aquella circunstancia yo habia hecho enarbolar en el cañon de un rifle. Siguieron á este el capitan y un cabo dragoneante, llevando charqui y galleta.

Antes nuestras demostraciones pacificas, los onas fueron saliendo de su escondite, y algunos, á la vez que contestaban con gritos y ademanes á las palabras y señales de nuestros parlamentarios, ibàñse acercando á ellos, recelosos; pero sin armas.

Mandé entonces que avanzara la tropa, y así que pude hacerme oir de los indios mas distantes, comencé á gritarles en tehuelche: *Yeper, yeper! Yegogua, yegogua!* voces que en esa lengua significan respectivamente: carne, hermano;—y, ante esta inesperada oferta, se adelantaron en tropel á saludarnos. Gesticulaban y reian; examinabannos, tocando nuestras ropas y armas, ignorando, al parecer, el uso de estas últimas; saltaban y hacian grotescas contorsiones, pero sin perder de vista las mulas, que, á piñadas á pocos pásos, relinchaban inquietas con las cabezas dirigidas hácia el oeste, en cuyo cercano horizonte iba apareciendo al trote, el resto de la columna ex-

pedicionaria, que conducia con las cargas y ovejas, las mujeres indígenas de San Sebastian, marchando á pié, á la par de las cabalgaduras.

La entrevista con los onas ha sido muy cordial, y no puedo menos que protestar contra el calificativo de «raza degradada» que se les aplica por extension y erroneamente; considerándolos idénticos á los raquiticos y miserables canoeros del Canal del Beagle é islas del cabo de Hornos.

Eran muy numerosos; pero en su mayor parte, creo, habian cruzado el rio en proteccion de sus familias. Asi mismo no bajaban de cincuenta, todos ellos de elevada estatura, membrudos y bien conformados.

Casi en su totalidad eran mocetones, con el cabello negro, espeso y lacio, cortado del mismo modo que lo usan los indios de San Sebastian, y como el de aquellos, desgrenado y reluciente de grasa y pintura. Los habia pintarrajeados como diablos de mascarada y vi uno tatuado en los brazos y con la cara tan ridiculamente coloreada de rojo, que parecia un *clown* escapado de algun circo desconocido.

No les ví otros vestidos que raidas mantas de pieles de zorro y guanaco, con el pelo hacia afuera; y como tocado, una especie de triángulo tambien de cuero.

Agréguese á estos datos una cabeza grande y ovalada, una boca de 5 á 6 centímetros de abertura, unos ojos vivos, pequeños y en forma de almendra, implantados oblicuamente como entre los mogoles; una nariz gruesa, aplastada y á veces lijeramente aguileña;

una frente escasa; y, por último, una arcada superciliar muy prominente, debido al género de vida que llevan estos indios, siempre escudriñando el horizonte y en acecho siempre de los animales salvajes, y se tendrá una idea aproximada del tipo ona, idéntico al patagon moderno, en su aspecto físico, analogías lingüísticas, desarrollo intelectual, condiciones morales y modo de vivir.

Dícese que los fueguinos son antropófagos. King, Fitz-Roy y Darwin háñlo dicho, y todo el mundo que lee, piensa y escribe sobre viajes, no ha tenido empacho en aceptar el hecho bajo la autoridad de tan ilustres autores.

No obstante, esta cuestión debe quedar en duda, pues aunque nada tendría de sorprendente el canibalismo de los fueguinos, faltan para probarlo demostraciones irrefutables, en una palabra: hechos observados.

Para asar el *charqui* que les había hecho repartir, sin tasa, dieron fuego los onas á unas mirtáceas, cuyas chisporroteantes llamaradas iban al impulso del viento.

«Este es un festin!» — exclamó el capitán, y, en efecto, la abundancia de carne despues quizás de una larga abstinencia, era motivo de fiesta para tan famélicas criaturas, cuyos perros, nerviosos y alertas, se disputaban el sitio preferente junto á sus amos, sin dejar de husmear el aire empregnado de acre olor de fibrina quemada.

En el grupo indígena destacábase un jóven de 20 á 22 años, de mirada altiva y actitud marcial.

Erguido, á mi frente, su estatura me pareció superior á m. 4,^m80; su torso, ancho y fuerte como el de un gladiador, aparecía bronceado bajo el *quillango* entre-

abierto sobre el pecho prominente. Sus brazos robustos, nervudos y largos, me revelaron un cazador temible y un cuerpo avezado á las intemperies y á la lucha.

¡Que escena aquella! Los salvajes y los viajeros agrupados en torno al fuego; al frente las escarpas amarillentas del rio; á la izquierda las mulas apiñadas é inquietas; á lo lejos las ovejas lanzadas de carrera delante de un peloton de soldados en marcha. El sol flechando sus rayos sobre la tierra, y por todas partes la naturaleza virgen y callada, como la esfinge antigua.

Después de haber fraternizado largo rato con los onas, nos despedimos con abrazos y apretones de mano, diciéndoles que podían permanecer donde estaban, sin temor alguno; que nosotros íbamos á orillar el rio para vadearlo mas arriba, prosiguiendo la interrumpida marcha al sud.

En consecuencia, montamos las mulas y con un «adios!» unísono echamos á andar remontando la hermosa arteria hidrográfica, que he bautizado con el nombre de *rio de los Toldos*, en recuerdo de los muy numerosos que allí hemos visto.

A un centenar de metros nos reunimos con la gente encargada de las cargas, é integrada la expedicion seguimos por espacio de cuarenta minutos, ora faldeando elevadas colinas, ora por el valle algo pantanoso hasta que cruzado éste en un «paso» angosto y firme, nos desmontábamos en el ralo matorral donde estoy acampado, cerca de un recodo del rio.

Ahora que escribo estas líneas, á la luz del fogan,

despues de haber sellado la paz con la tribu numerosa que está á dos millas de aqui, cómo me felicito de haber evitado un nuevo combate!—Cuanta sangre se hubiera derramado inútilmente!

Aunque tengo la seguridad de que los indios no han de intentar ningún golpe de mano, ni mucho ménos; en prevision de cualquier evento he tomado todas las medidas que aconseja la prudencia. Mas les valdrá que se estén quietos en sus toldos!

Son las 11 de la noche: la oscuridad nos rodea. A lo lejos ladran algunos perros y el vijilante *teru-tero* deja oír sus gritos, tan gratos para mi en esta hora de recuerdos.

Diciembre 2.—Ha pasado la noche sin ocurrencia alguna, y el dia promete ser espléndido.

El rio de los Toldos baja del oeste, se bifurca, se estrecha y luego se dirige sinuosamente hácia el Atlántico. En partes riega un valle de aluvion con poco pasto, en otros va amurallado por empinados barrancos; tiene una anchura entre 20 y 25 metros; su caudal es considerable; su fondo de piedra, y su corriente de 2 á 3 millas horarias.

Su navegabilidad, que no considero una utopia, tal vez ofrezca ventajas reales para los futuros pobladores de esta region; pero como no tengo tiempo de explorar su curso, dejo la resolucion del problema á los viajeros del porvenir.

La temperatura es muy agradable: hasta ahora no he tenido necesidad de hacer uso de la ropa de abrigo.

Hace un momento, á las 3 h. el termómetro centígrado marcaba $+9^{\circ}$. En esta misma estacion y á la hora indicada, he observado en Santa Cruz temperaturas siempre mas bajas.

Trataré de explicarme mas adelante, éste y otros fenómenos climatológicos que vienen á poner en evidencia todos los errores de antaño, acerca de la inhabilitad de la Tierra del Fuego.

A las 6 de la mañana estábamos otra vez en camino, y despues de haber perdido de vista el rio de los Toldos, entramos—observados á la distancia por los onas,— en una comarca elevada de 200 á 300 piés sobre el nivel del mar, que cruzamos con rumbo general al S. S. O. hasta llegar á una cañada de tres leguas de perimetro, en el fondo de una depresion oblonga.

Confieso que he estado un momento perplejo, sin atreverme á cruzarla, pues en toda su extension aparece cubierta de altas yerbas surcadas en todas direcciones por los indigenas que frecuentan esos parajes-

En algunos sitios veíamos brillar el agua estancada y negruzca. Era indudablemente un pantano, y de no hacer un enorme rodeo que nos habria llevado lejos de nuestra ruta, teníamos por fuerza que aventurarnos en él.

Opté por lo último; y con las cargas y las ovejas por delante, entró resueltamente la expedicion en el fango que, al pisar las mulas, nos saltaba á la cara, arrancándonos imprecaciones mas ó menos crudas.

«¡Que infernal pantano!» oia exclamar á cada instante, mientras hacíamos verdaderos prodigios de equilibrio sobre la montura, para no rodar al suelo.

Las mulas apenas si podían moverse, hundidas algunas hasta cerca del pecho en un barro pegajoso y fétido.

La tropa trasportaba la carga á hombros, atendiendo de paso las empatantanadas, cuyos fatigosos resoplidos se mezclaban á las voces disonantes de los soldados y al *chap, chap, chap*, de los perros, corriendo pesadamente sobre el agua encharcada.

.....
Eran las 4 h. 20 m., cuando mandé hacer alto para pernoctar, en el cañadon donde estamos, á menos de dos millas de la ribera del océano.

Esta, que es baja y forma una planicie de aluvion, con muchas lagunas y zanjones, escapa casi á la vista y solo se descubre cuando se llega al borde de la barranca que la separa, en esta parte, de las tierras altas.

Tan interesante formacion moderna, modifica notablemente el contorno litoral, trazado en las costas náuticas, mas al oeste. Tambien nos revela un solevantamiento de la costa oriental fueguina.

Son las 10 de la noche: el termómetro marca + 12 c., el viento sopla con fuerza y el cielo se cubre de oscuras y densas nubes.

Diciembre 3.— Estamos en marcha desde temprano.

He visto muchos perros cimarrones y numerosos vestigios de antiguos campamentos indigenas.

El terreno es accidentado, la vegetacion variada y abundantes los pastos.

Hay vallecitos preciosos y paisajes encantadores.

Voy de sorpresa en sorpresa.

· Estamos ahora (7 a. m.) á tres ó cuatro millas del cabo Sunday (c. Domingo) y nos hemos apeado á la orilla de un pequeño lago de agua potable.

«Adelante!» El tiempo es frío (+ 9° c.); la lluvia comienza á *chispear*, y es necesario no perder tiempo.

Rudá ha sido la jornada, pero ya estamos bajo las tiendas de campaña, que el viento azota y humedece el agua de las nubes.

A pocos pasos, corre un río pequeño, que se dirige hácia el cabo nombrado, cuya giba se destaca á nuestro frente, á menos de una milla de distancia.

Para llegar á este punto hemos marchado en línea curva á través de secas compiñas con escasos y malos matorrales.

Creo que el río que tengo á la vista, es el mismo que he llamado *de los Toldos*, pues son idéntico sus caracteres generales.

De ser así, lógico es suponer que esa interesante arteria fluvial corre en parte por la planicie baja, entrevista ayer desde nuestro alojamiento.

Però sea lo que fuere, la presencia de este río, que no hemos cruzado, me deja perplejo.

· La caza es abundante.

Los patos, teru-teros y gaviotas dejan oír sus gritos, sorprendidos quizás con nuestra llegada.

Al oscurecer cruzan sobre las tiendas numerosas bandadas de aves, que buscan sus guaridas para dormir.

Despues, todo queda en silencio; la noche se hace densa y la atmósfera queda en calma.

Los soldados reposan de sus fatigas, las mujeres onas entonan un canto monótono:

Yaya, yayé.

Yaya, yayé.

A las 11, la temperatura es de + 8° c. — Barómetro 757. ^{mm.}

Diciembre 4.—Hoy á las 3 de la mañana la expedicion se puso en marcha hácia el cabo Sunday, á donde llegamos una hora despues, habiendo seguido en parte sobre la márgen derecha del rio, que supongo ser el *de los Tol-dos*, y cuyo desagüe se encuentra al norte y casi al pié del cabo.

Este es prominente, de roja arenisca y tiene un talud, que, en baja marea, se comunica con una restinga de bloques negruscos, bruñidos por el oleaje, que en los días de tempestad debe romperse espantosamente sobre esa muralla pétrea donde viven, sin embargo, numerosas colonias de mejillones y lapas, cuyos despojos veo sobre el linde de la playa, junto con las algas rojas y verdes, los caparazones de los crustáceos y de algunos zoófitos equidinos.

Al sud del cabo hay algunos medanitos movedizos, y en sus arenas observo, por primera vez, rastros de zorros.

Al medio dia seguimos nuestro viaje por un llano casi al nivel del mar.

Es un antiguo almarjal ó polde, y ofrece excelente abrigo contra los vientos frecuentes del oeste.

Despues vadeamos un arroyito, formado por lagunas y aguazales, que corre paralelo á la costa; y transcurridos unos cuarenta minutos, descendimos de nuestras cabalgaduras al pié de unas vertientes, en las inmediaciones de una gran ensenada que, supongo, diste siete ú ocho millas del cabo Peñas, visible hacia el sud.

Nuestro campamento se encuentra á cien metros de la playa arenosa, en la cual aparecen algunas piedras apartadas y pequeñas, que cubre la marea. Por la parte opuesta, el llano referido se halla limitado por bajas escarpas, que desde cabo Sunday van decreciendo gradualmente al sud. Aquí han solido acampar los indios; hay un pozo abierto al pié de la barranca, y brota dél, aunque débilmente, agua cristalina y fresca que mantiene lozana vegetacion, en medio de terreno escueto, remedando así un pequeño oasis; y, en efecto, lo ha sido para nosotros, cansados de la jornada y aburridos del paisaje gris y monótono de la costa oceànica, quemada por los rayos del sol.

Diciembre 7—Desde anteayer por la mañana, estamos á la orilla de un gran rio, tal vez el mas importante de los que existen en la Tierra del Fuego.

Su caudal y corriente; su anchura y extensos desplayados, todo me revela en él una poderosa arteria, cuyas nacientes deben estar muy lejos, en la cordillera central del pais.

He pretendido cruzarlo cerca de su desagüe, pero todas mis tentativas han sido inútiles.

Velóz por demás en su corriente, y no resistirian á ella las mulas mas nadadoras.

En esta seguridad, despues de remontar el rio unas 14 millas, he resuelto bandearlo hoy mismo en el sitio donde acampamos, donde además de su escasa amplitud (75m.) ofrece la ventaja de una cómoda bajada de pedregullo.

Hasta aqui el rio es sinuoso, con muchos canalizos y bancales de arena. Rueda por un valle de aluvion, cuya riqueza vegetal es una maravilla, y una esperanza para el porvenir pastoril de la isla.

El color de sus aguas es lijeramente opalino; su temperatura algo mas baja que la del aire ambiente, y su velocidad, calculada sobre una série de observaciones, resulta ser de 88m. por minuto, ó sean 5.368m. por hora término medio.

Su alveo es irregular, y por todas partes véense señales, de grandes crecientes que anualmente deben acarrear al Atlántico una enorme cantidad de detritus de areniscas y arcillas del interior.

Aunque su régimen es torrencial; atendiendo al elevado nivel de sus aguas (2 á 3 metros, en el canal) en esta época, soy de opinion que podrá ser navegado por pequeños vapores, en una extension de muchas millas.

.

Todo está listo para cruzar el hermoso rio austral, que en lo sucesivo se llamará *Fellegrini*, en honor del eminente argentino, actual Vice-Presidente de la República y ex-Ministro de Guerra y Marina.

Los nadadores han bandeado la rápida corriente, ora con el agua al pecho, ora nadando; y detrás de ellos pasan en tropel las ovejas y algunas mulas.

El bote de goma flota sobre el río, y va y viene de una margen á otra, sujeto en la cola de las mulas mas guapas.

Es un espectáculo interesante y nuevo!

Nadie está ocioso: todos trabajan con empeño, y es de esperarse que antes de la noche estará la expedición vivaqueando al sud del *Pellegrini*.

.
Son las 7 de la tarde; ya estamos del otro lado del río.

El clarín resuena en el valle: es la diana del triunfo alcanzado sobre el primer obstáculo de la naturaleza

En seguida, cada uno se entrega á sus quehaceres, pues mañana continuaremos la exploración.

Diciembre 9—Anteayer dejamos, á las 11, el río Pellegrini, y despues de faldear algunas lomadas y colinas, últimas ramificaciones orientales del intrincado sistema orográfico insular, llegamos á un arroyo correntoso que derrama su caudal en el Pellegrini, á poca distancia del océano.

El cauce de este pequeño afluente, que baja del oeste, mide de ancho, término medio, unos cinco metros, siendo de piedra y limo su lecho irregular, de rápida pendiente.

A las 3 de la tarde contorneamos un reducido pantano en cuyas cercanías hay preciosas vegas; y despues de marchar una hora mas, dispuse hacer alto, para pernoctar, al pié de una elevada colina tapizada de mirtáceas, calceolarias y pastos tiernos y verdes, como el llamado *festuca*.

Aquella cima era atrayente, y aun que fatigado de la jornada subí á ella para mirar la comarca.

Qué bello espectáculo! Al sudoeste, como nube tormentosa, heria la vista una oscura serrania selvática, tras la cual se perfilaban dos ó tres picos azulados, de la que supongo cordillera principal; al nordeste brillaba al sol como un espejo, la coriente tortuosa del «Pellegrini», volcándose en una mansa ensenada de orillas bajas y en parte medanosas. Al oriente, el piélago inmenso y quieto, parecia dar tregua á sus furores.

CAPÍTULO IV.

A TRAVES DE LA SELVA

Diciembre 11.—Estamos ahora en la region de los bosques antárticos: los llanos y las praderas han quedado á la espalda, y con aquellos las cuevas de roedores y las pintadas abutardas (*Bernicla antarctica*), cuyos sabrosos huevos han figurado muchas veces en nuestro *menu* de campaña.

Los campos son mas elevados, las aguadas mas frecuentes, las yerbas mas verdes, y mas alegre el aspecto comarcano.

Ayer, cerca de cabo Peñas, sorprendimos una tolderia oculta entre los *fagus*, que forman la selva; y un rato después una partida de soldados se batió con los onas, sobre los arrecifes de la costa. Tomarónse algunos prisioneros (mujeres y niños), quedando sobre las piedras



Rio Pellegrini (segun fotografia)

dos indios muertos, verdaderos colosos y dignos hermanos de los tchuelches.

En los mugrientos y desmantelados toldos,—que habían sido abandonados antes de nuestra llegada—hallamos algunos perros, únicos animales domésticos que he visto hasta ahora en la Isla; muchas pieles de zorro y guanaco, pedernales tallados, grandes fragmentos de pirita de hierro, trozos de cobre nativo, pequeños huesos pulidos y desgastados en sus extremidades, saquitos con pintura colorada, hachas de metal, de algun buque perdido en la costa, y muchas otras menudencias para usos diversos, como limas, clavos, punzones, cuchillos de fabricacion europea, baquetas de fusil, cápsulas de revolver y hasta frascos de salsa inglesa.

Los prisioneros son nueve: dos mujeres, de 30 á 40 años, y siete criaturas de ambos sexos. Todos estaban envueltos en quillangos de guanaco, con el pelo hacia afuera, y las primeras llevaban sugetas a la espalda, bolsas de cuero pintadas, cuyo contenido era el mas diverso: lapas, mejillones, crustáceos, erizos de mar y peces de varias formas y tamaños.

La marcha de hoy ha sido algo penosa. Vadeamos primero un sucio arroyo, de orillas pantanosas; después entramos en una comarca muy accidentada y cubierta de bosques achaparrados y tupidos, sobre cuyas frondosas copas aparecia de trecho en trecho el humo de algun hogar indígena, oculto en la espesura.

Declinaba la tarde cuando acampamos en el sitio en donde escribo estos recuerdos de viaje. Cerca del vivac

se arrastra una débil corriente, bordeada de plantas acuáticas, de hojas anchas, carnosas y lánguidas.

Algo mas lejos se yergue la muralla, movediza y casi impenetrable, de la selva virgen, cuyo verde colorido y alegre cotorreo del *conurus patagonus* que la frecuenta, me recuerdan la esplendente flora tropical, poblada de pintados papagayos.

Hasta aquí, la Isla no parece ser muy rica en mamíferos terrestres, pues solo se han vistos guanacos y zorros, y estos tan ariscos, que solo con buenos perros se les podría dar caza.

No existen pumas, ni liebres, y creo que faltan tambien entre otras especies australes, el zorrino (*Mephites patagonica*) el huemul (*Cerrus chilensis*) y el pequeño armadillo (*Dasypus minutus*).

Relativamente á estos, los mamíferos marinos son abundantes.

Cada dia se deja ver alguna tropa de grandes otarias (*Otaria jubata*); pero no se muestran con tanta frecuencia ni tampoco en manadas, los preciosos «lobos de un pelo» (*Arctocephalus falklandicus*), ni los llamados leopardos (*Stenorhynchus leptoonyx*), que facilmente se reconocen en las manchas oscuras de que están cubiertos.

Numerosos huesos enterrados en las arenas, hanme revelado la existencia en estas aguas, de muchos cetáceos: ballenas y delfinoides.

Con excepcion de algunos patos y del *bubo magellanicus* poco interés ofrece hasta aquí la fauna ornitológica terrestre, bastante pobre é idéntica á la de Patagonia; pero las

aves marinas llaman en cambio la atención, por su número y variedad de especies, que rara vez visitan las costas del continente.

El gigante albatros (*Diomedea exulans*), y su rival la *ossiphraga gigantea*; los grotescos pingüines (*Spheniscus magellanicus* y *Aptenodytes pennatis*), y los pichones del Cabo (*Daption capensis*), son los principales representantes del último grupo.

Diciembre 12.—Como ayer, como todos los días, hoy hemos hecho una larga jornada, relativamente, bien entendido, pues andar cuatro ó cinco horas á lomo de mula por estos andurriales, no es poca hazaña, sobre todo cuando se marcha, desde temprano, con el estómago vacío.

No seguimos nunca una dirección fija, ni mucho menos. Se va siempre al sud, es cierto; pero se adelanta como se puede, retrocediendo á veces, cambiando de rumbo cada cinco minutos, ora para cruzar un arroyo, ora para contornear una laguna, con frecuencia rechazados por el bosque impenetrable.

La caravana expedicionaria marcha siempre en fila india: á vanguardia algunos batidores; los indios en el medio y detrás las cargas, las ovejas, los *mal montados* y los perezosos. Entre estos últimos figura siempre el soldado Avila (a) *el fotógrafo*, apodo con que lo distinguen sus compañeros, por el hecho de ser el conductor de los aparatos fotográficos. Es un recluta, tímido y dormilon, y *bon gré, mal gré* ha tomado á lo serio su misión, y no se separa ni un instante de su *máquina negra* como el llama á la cámara-oscura.

Monta una mula mansísima, pero floja para el barro, y nos divierte mucho con los tumbos frecuentes que suele darse, cayendo en tierra como una X, ó como un ovillo. Pobre fotógrafo!

Esta mañana, antes de llegar al cabo Santa Inéz, atravesamos una corriente importante cuyo *thalweg* serpentea en un valle ancho y pastoso, encuadrado por los robles antárticos, que crecen apiñados, dando sombra, calor y humedad á los helechos, á las violetas amarillas y á las preciosas «winterias» (*Drizmis*), cuyas hojas y aspecto en general, me recuerdan las magnolias de nuestros jardines.

Del rio *12 de Diciembre*, nombre provisional de esa arteria hidrográfica, seguimos por un cañadon paralelo á la ribera del mar, y despues de contornear una gran lomada que nos cerró el paso, nos desmontamos en un vallecito que baja del oeste misterioso y agreste, yendo á perderse, tal vez, en la misma costa marítima, señalada á la distancia por oscura línea, irregular, de eslabonadas cuchillas.

Desde que cruzamos el paralelo de 54°, hasta llegar al paraje donde hemos acampado, he venido observando notables cambios en el aspecto y elementos de la vegetacion.

Los bosques son mas densos, los árboles mas altos y corpulentos, y el *fagus antarctica*, ya no se presenta solo sino acompañado del *f. betuloides*, cuya maderà de construccion se utiliza ventajosamente en Punta Arenas.

El suelo, bajo el bosque que nos rodea, está literal-

mente cubierto de numerosas plantas fanerógamas, que crecen apiñadas, envolviendo algunas los troncos rugosos, carcomidos y decrepitos, de los *fagus* próximos á caer y confundirse con los que yácen en tierra, podridos y deleznable, bajo el vital follage de otros, cuyas fuertes ramas se extienden horizontalmente, sosteniendo las hermosas parásitas anaranjadas, (*Myzodendron*), y el fleco amarillento de la *usnea barbata*.

Además de la *berberis buxifolia*, veo desde ayer la *b. ilicifolia*, especie notable por sus hojas, grandes, espinosas y coriáceas.

La achicoria silvestre (*Taraxacum levigatum*) el berro (*Cardamine antiescorbutica*), el apio (*Apium australe*), el perifollo del campo (*Osmorhiza chilensis*), y un *bolax*, que forma curiosos montículos hemisféricos, son vegetales ya muy familiares para mi, y mucho mas para el cirujano, apasionado de la naturaleza, que marcha con el ojo alerta, esperando descubrir, á cada paso, una especie, nueva que agregar al catálogo de las que pone á contribucion nuestro implacable cocinero, mi asistente y *factotum*, el soldado Morales.

La temperatura ha sido muy agradable hasta hoy, y los mayores descensos termométricos (+ 6° y + 6°, 5) han coincidido con los vientos meridionales, cuya fuerza se deja sentir apenas, debido á la configuracion orográfica de la Isla ya la espesura selvática de su parte oriental.

En general, las noches son frias; pero es muy raro que baje el termómetro de + 6°.

Las mañanas son agradables, y despues de medio dia fluctúa el mercurio entre + 18° y + 22°.

El estado de saturacion atmosférica, por una parte, y por otra la poca influencia de los vientos, como refrigerantes, son las causas que por el momento, me explican la extraña exhuberancia vegetal de esta region boscosa, que debe gozar, hasta el invierno, de una temperatura media, probablemente mas elevada que la de Santa Cruz y otras localidades patagónicas, expuestas a los terribles ventarrones andinos.

«En effet, peut-on croire á des hivers très rigoureux dans un pays couvert de plantes qui ont besoin de serres pour vivre dans nos climats européens, en voyant la nudité presque complète des indigenes et en entendant dans le bois le caquetage des perroquets et le bourdonnement des colibris?» ⁽¹⁾

Diciembre 13—Como la selva es muy densa hácia el sud, esta madrugada, despues del toque de diana, mandé practicar un ligero reconocimiento del camino que debemos seguir mas tarde.

Son las 8 de la mañana, y aún no ha regresado la partida exploradora. Mucho me temo que haya tenido que batirse con los salvajes, quienes dia á dia, nos acechan y nos siguen, tal vez con el propósito de rescatar lós prisioneros de cabo Peñas.

Las mulas están casi tan gordas y sanas como cuando salieron de San Sebastian; y las ovejas, que cuidamos co-

1) DE ROCHAS, *Journal d'un voyage au détroit de Magellan.*

mo un tesoro, nos parecen mas ágiles. Ayer hicieron estas la jornada al frente de la caravana, y era un placer el verlas correr en tropel sobre la yerba ó desfilarse sobre la senda estrecha de alguna tribu andariega.

Al fin volvieron los exploradores. «El camino es muy feo; será necesario abrir *picada* para atravesar el bosque—hánme dicho los soldados, en cuyos rostros tostados y varoniles apercibo claramente la contrariedad que los domina.

«Descansen, muchachos! les grito, que dentro de un momento nos pondremos en marcha.

Estamos siempre en la selva, pero no lejos del océano: Nuestras tiendas de campaña blanquean en medio de los verdes *fagus*; y el humo de los fogones, se eleva en azuladas espirales.

Para llegar á este sitio, hemos tenido que abrir un sendero, hachando troncos y derribando, machete en mano, numerosas y tenaces ramas, que á cada instante aparecian cerrándonos el paso.

Esta última etapa ha sido ruda; pero ya estamos mas acostumbrados á la vida montaráz, que por cierto no carece de encantos, sobretodo cuando el tiempo es hermoso, la naturaleza virgen, y la fé inquebrantable

He visto en el trayecto grandes bandadas de loros, un lindo carpintero (*colaptes*), tan grande como un tordo, la conocida ratona y una trepadora pequeña, de color plomizo, con manchas oscuras sobre las alas. Es la primera vez que se presenta á mis ojos esa avecilla, que quizás

habrá sido observada ya en otra parte, pero que yo ignoro que exista en Patagonia ó en el Estrecho de Magallanes. Por lo menos, no la menciona Cunningham en su obra: «Notes on the natural history.»

Diciembre 14—Hoy es día de descanso, que bien lo necesitan los expedicionarios, y también las sufridas mulas, cuyos lomos soportan diariamente un peso enorme, pues además de las cargas, cada jinete lleva consigo sus armas y municiones, algunos instrumentos y un sin número de menudencias de que jamás se separa el soldado en campaña.

El día es espléndido: el sol brilla en un cielo azul y sin nubes, y á su calor se evapora el fuerte rocío que ha caído durante la noche.

Apesar de la vida semi-salvaje que llevamos hasta ahora, siempre en marcha, durmiendo apenas, sin otro abrigo en la noche que la mal cerrada tienda de campaña, nuestro estado sanitario es inmejorable.

La única enfermedad es . . . el hambre, pues el aire puro y fuertemente oxigenado de estas soledades, despierta y sostiene un apetito feroz, casi podría decir, de caníbal.

Los indios de la expedición devoran cuando se les dá y también lo que no se les dá. El saludo por la mañana es pidiendo *yeper* (carne). Después piden *biscuit* (galleta), y cuando ha desaparecido hasta la última migaja, piden otra vez *yeper*.

Con frecuencia el apetito se deja sentir en ellos implacable; y, entonces, no satisfechos con las raciones

que diariamente les hago distribuir, recogen puñados de achicoria campestre, que comen con raíces y flores, hasta quedar repletos.

Los soldados no les van en zaga, y, tan es así, que anoche, mientras por turno *montaban la guardia* en el vivac, se comieron *veinte y cinco libras de bacalao*, ámen de los *churrascos* y otras gollerías que nunca faltan en los fogones.

Que potencia estomacal! como diría la romántica princesa de *la Mascotte*.

Pero, ojalá que carecieran de ella. Así tendría yo menos preocupaciones y disgustos.

.
Oh! qué feliz casualidad! Esta tarde, poco después de haber escrito las precedentes líneas, aparecieron, saliendo del bosque inmediato, dos preciosos guanacos. Verlos, los soldados, y disparar sobre ellos una granizada de proyectiles, fué obra de un minuto.

Unos de los rumiantes cayó como fulminado, y el otro desapareció trás del ramage, dejando un reguero de sangre, que inútilmente se propuso seguir el capitán, pues el bosque, muy denso, favorecía naturalmente á la bestia, cuya notable vitalidad de raza es harto conocida.

El guanaco muerto ha sido y es aun motivo de alegre cháchara entre los veteranos.

Los onas están de festin, y los perros, atentos y hueraños, no se separan ni un instante de sus amos olvidadizos, á quienes parecen mendigar una piltrafa.

Diciembre 15—Muy de mañana dejamos hoy nuestro

alojamiento, y, rumbo al este, echamos á andar hasta llegar á la playa oceánica, donde hemos cruzado, á la vista del cabo San Pablo, la desembocadura de un pequeño río (el *Roca*) que debe tener su origen en las elevadas cumbres del occidente.

Su corriente es poco rápida, mide su cauce unos 12 metros de ancho, término medio, y la abundante vegetacion de sus orillas, abarrancadas, le da una fisonomia risueña y atrayente, que contrasta con el aspecto salvaje y tétrico de la playa rumorosa, cubierta de carenas y mástiles, vestigios de antiguos y recientes naufrágios. ¡Qué dramas espantosos tendrán lugar sobre esta costa solitaria de la Tierra del Fuego, donde no brilla una luz salvadora, donde la naturaleza parece aunarse al hombre para destruir al hombre, donde reina el desamparo y el olvido!

Qué obra grande, noble y patriótica seria la de levantar un faro sobre el promontorio de San Pablo, ó en otro sitio próximo al estrecho de Le Maire! Pero ¿quien piensa, allá en el norte, en estas cosas útiles y humanas?

Desde el río Roca, hemos seguido la costa, hasta llegar al pequeño raudal donde acampamos.

La temperatura es siempre templada; y aunque el barómetro oscila bruscamente, creo que el tiempo seguirá en bonanza.

Diciembre 16—Esta mañana, mientras ensillábamos para marchar, se huyeron las mujeres y niños tomados en cabo Peñas.

Hice batir el campo; pero infructuosamente, pues los fugitivos estaban ya muy lejos.

Después de este incidente, la expedición se puso en camino, siguiendo por la playa; hasta llegar á una boscosa colina, de 220 piés de altura absoluta, la que termina en punta y despide negruzco arrecife, que nos obligò á dirijirnos tierra adentro, á través del bosque siempre denso, en busca de cualquier cañadon ó senda de indios, que nos permitiera acercarnos de nuevo al océano, cuya ribera deseo no perder de vista, á fin de poder conocer su configuracion y recursos naturales.

Anduvimos lentamente, y no sin mucho trabajo ha podido volver la caravana á la vista del Atlántico, estando ahora en una quebrada de la costa, donde he resuelto pasar la noche, para continuar mañana la interesante exploracion que vamos haciendo con tan inesperada fortuna.

Diciembre 17—Salimos temprano y despues de seguir la costa, que es baja y poco arbolada, tuvimos que internarnos de nuevo en la selva, y habiendo recorrido en ella cerca de una milla, conseguíamos volver al excelente camino playero, cuando nos detuvo un verdoso pantano, y fué necesario retroceder en el bosque, que cede al golpe del hacha que nos abre otra vez el camino hasta el borde de la barranca que mira al océano.

.

Habia almorzado y esperaba sentado que las mulas estuvieran listas para marchar, cuando el capitán se acercó á decirme que habia *jente á la vista*

La noticia no podia ser mas interesante y sensacional, y como tocado por un resorte, me puse de pié

«Gente!» «Viene gente!» exclamaban los soldados, sorprendidos, mientras el cirujano y el capellan, al borde de la barranca, miraban hacia la playa del océano, situada á mas de sesenta metros bajo el nivel del punto de observacion.

Tomé mi antejo y en dos saltos estuve al lado de mis compañeros.

A la distancia, casi al pié de la barranca, se veian tres hombres que andaban lentamente, llevando sus caballos de la brida.

«¿Quiénes serán?» nos preguntábamos, y cada uno manifestaba su opinion, más ó ménos verosímil, más ó menos disparatada.

Alguien dijo: «Son náufragos!», y se quedó muy fresco.

Otro exclamó: «Son indios!», y tambien creyó que habia acertado.

«Vaya Vd. dije á un veterano, y vuelva en el acto á decirme que jente es aquella.»

No habrian trascurrido diez minutos, cuando regresó el enviado en compañía de un caballero, quien, después de las saluciones del caso, me dijo llamarse Mr. Wolff, establecido en bahia Inútil, sobre el estrecho de Magallanes, y miembro del personal de una expedicion minera salida de Punta Arena, y cuyo paradero ignoraba.

Agregó en seguida, que él habia ido á caleta Policarpo en el cutter «Rayo», conduciendo viveres para sus com-

pañeros, que debian haber llegado por tierra á ese punto, después cierto tiempo, ya trascurrido; por lo cual, y no disponiendo de ninguna embarcacion, antes que esponerse á las eventualidades de una larga permanencia en el sud de la Tierra del Fuego, con solo dos peones; se había resuelto á intentar la cruzada hasta *su casa*, en la nombrada bahia Inútil.

«Haga Vd. lo que quiera, señor Wolff, dije á mi huésped; pero si Vd. sigue al norte, de seguro que peligra seriamente su vida y la de sus compañeros.»

Son las 11 de la noche. Estoy bajo una ramada: cerca de mi, descansa Mr. Wolff. Ha desistido de su viaje, y mañana me acompañará al sud.

El termómetro marca + 40° c, y el aneróide baja rapidamente.

Tal vez tengamos mal tiempo!

Diciembre 19.—Ayer dejamos nuestro alojamiento á las 8 h. 55 m. y andando al paso y al trote de nuestras guapas mulas, que dejan detrás á los caballos de Mr. Wolff, cruzamos cañadones, quebradas, aguazales y hornagueros pantanosos.

Después hicimos alto en una pequeña pampa pastosa y elevada de unos 160 piés.

Mas tarde, al doblar una punta, vimos una ensenada y terrenos bajos, respaldados á poca distancia por colinas empinadas, boscosas y dispuestas en graderia; y al rato encontramos un rio de consideracion. Vadeado éste, nos detuvo otro casi de igual magnitud, el que cru-

zamos con el agua al pecho de las mulas, que apenas resistían su corriente.

El primero baja del sud, y del sudoeste el segundo, reuniéndose ambos casi al borde de la playa oceánica, de la que están separados por un cordón de gruesa arena y pedregullo, en cuya extensión hay muchos árboles secos, arrastrados del interior por las aguas fluviales, que deben desbordar en la época del derrite de las nieves en la cordillera que se vé á pocas millas.

A las 4 h. 55 m nos despedimos de los dos ríos gemelos, y después de atravesar una planicie cenagosa, cubierta de los incómodos vegetales conocidos con el nombre de *bolax*, y de juncos amarillentos, paramos á la orilla de un arroyo insignificante.

Hoy, 19, salimos algo más tarde siguiendo por la altura litoral hasta que encontramos una ceja de bosque que obligó á buscar una bajada para hacer el camino por el bajo, al pié de la barranca casi á pique, y de 150 á 200 piés de elevación.

«No hay que vacilar!», dije á los soldados; y cada uno con su mula de la brida, se lanzó por la rápida pendiente.

Una hora después, toda la expedición se encontraba reunida sobre la playa, y á las 5 de la tarde volvimos á emprender nuestro viaje, llegando á las 6 al pequeño chorrillo donde hemos acampado.

Diciembre 20. — A las 6 h. nos pusimos en marcha, y después de haber cruzado sobre la costa una colina sin árboles, y recorrido enseguida un pequeño valle pastoso,

respaldado por notables alturas—antemural de la cordillera que cada día se presenta á la vista, con escasa nieve sobre sus picos,—llegamos á la desembocadura de otro río, que como todos los anteriores serpentea encajonado, dejando ver en su lecho algunas piedras angulosas, depositadas sin duda por pequeños témpanos que deben bajar, en setiembre ú octubre, de la parte montaña donde tiene aquel sus cabeceras.

Este pequeño río, al que se ha dado mi nombre, corre con una velocidad de 2 millas por hora.

Su anchura es ahora de 12 m. término médio; pero debe tener una amplitud tres veces mayor en la época de la licuacion de las nieves, convirtiéndose entonces en torrente impetuoso.

El valle por donde arrastra su caudal, es abrigado y abundante en pasto y combustible.

Después de reconocida esta nueva corriente, seguimos á través de lomas desnudas de árboles, hasta llegar á otra corriente fluvial, que apenas nos detuvo el tiempo necesario para arreglar las tiendas sobre su márgen derecha, pantanosa como la opuesta.

Desde este último punto recorrimos cerca de dos millas mas y hétenos, ahora, entregados al reposo.

Después de medio día todas las alturas del sud y del sudoeste, se cubren de espesos *nimbus*; relampaguea y truena, y un momento mas tarde cae un fuerte chubusco de granizo, al que sucede una lijera garua, que enseguida se convierte en lluvia copiosa y continua.

El barómetro ha bajado primero con asombrosa rapi-

dez, y á la 4 p. m. comienza á subir, y en menos de dos horas asciende de 746^{mm} á 750.

Son las 8 de la tarde (en Buenos Aires estarán alumbrados por la luz del gas); cesó ya la lluvia, despejándose el cielo. Las nubes descienden en girones sobre las colinas distantes, y brilla el sol poniente en el horizonte aun tormentoso.

El barómetro señala 751,2; y la temperatura se establece en + 15° c.

Diciembre 21.—Si ayer fué larga la jornada, hoy en cambio ha sido penosa y aburrida, y para llegar al paraje donde estamos, marcado en las cartas náuticas con el nombre de *Policarpo cove* hemos tenido por fuerza que recorrer como una milla á pié, por entre malezas y barreales.

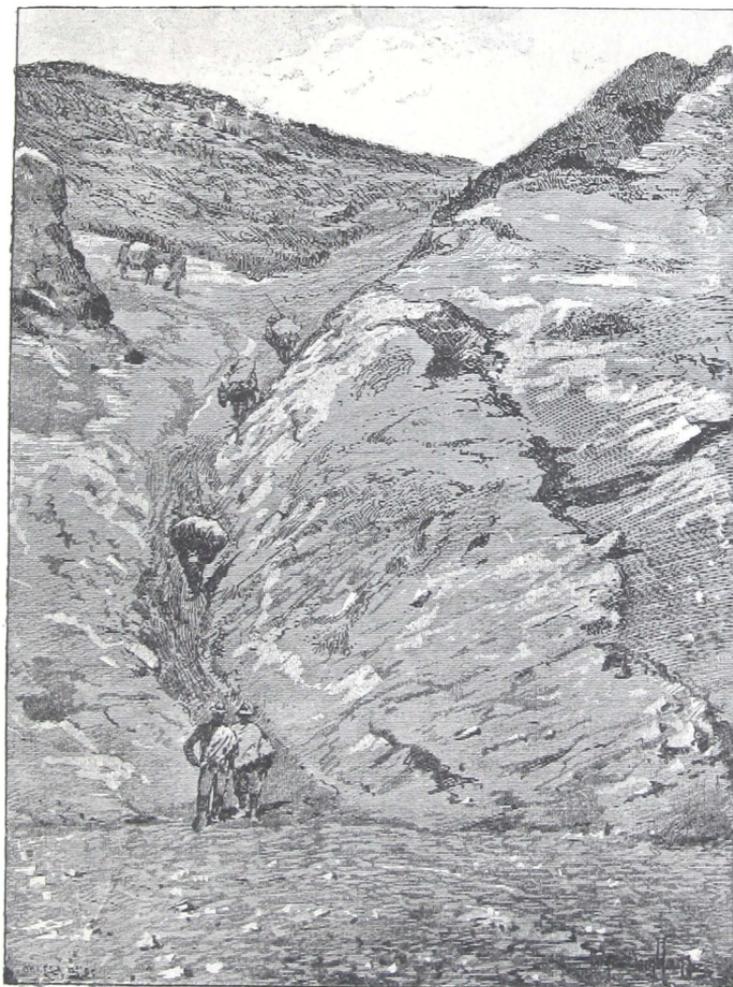
Acá hemos encontrado algunos indios hospitalarios, á quienes ya conocia Mr. Wolff.

No tienen en general los mismos caracteres físicos que los onas del Norte; pero se comprende muy bien que deben estar mezclados con los yaganes, cuya fisonomía y raquitismo creo reconocer en algunos salvajes que acabo de observar lijaramente.

Esta caleta, que no debe ofrecer abrigo ni tendedero alguno, pues á medida que baja la marea va quedando en seco, tiene todo el aspecto de un puerto, y fácilmente se tomaria por tal, si el reflujo no demostrase lo contrario.

Nuestro alojamiento está sobre unos médanos, tapizados de verdes yerbas y raquíticos arbustos.

VIAJE AL PAÍS DE LOS ONAS



La Expedicion bajando á la playa (segun fotografia)

Los salvajes están á 200 metros de distancia, en sociedad con los peones de Mr. Wolff.

La noche avanza; el viento silba, y otra vez comienza á llover.

Diciembre 22.—Poco despues de amanecer llegaron los salvajes á nuestro vivac. Eran los mismos de ayer, pero armados, y ostentando sobre las mejillas algunas rayas, hechas con pintura blanca.

¿Será esta símbolo de paz? En todo caso hacen como las grandes potencias: se arman para mantener buenas relaciones.

—

Dentro de un momento (á las 9 h. a. m.) seguiremos viaje; y como deseo llegar cuanto antes á bahia Tétis, he pedido á los onas que nos acompañen; pero solo uno de ellos parece dispuesto á ir con nosotros, y tal vez lo hace por espíritu de aventura, pues no ha perdido de vista á su compatriota Rosa, quien por su parte ha hecho tambien todo lo posible para llamar la atencion del futuro guia

.

Hemos cruzado un arroyo caudaloso (de oscuro color), que desagua en la caleta.

Tres indios nos acompañan, y conducen algunos viveres que les he regalado: supongo que querrán llevarlos á sus mujeres ó hijos, cuyos toldos no deben estar muy lejos, segun dice un soldado que salió esta madrugada á explorar los alrededores del campamento.

Estábamos á la vista de un seno del mar, que creo será la pequeña falsa caleta, que marcan las cartas marinas antes de llegar á Tétis; cuando *ex-abrupto*, al doblar un monte, nos encontramos con seis ó siete toldos (*kaus*) iguales en un todo á los del norte. Había en ellos una jauría de perros, algunas viejas y numerosos niños, quienes nos recibieron con grandes alaridos, saltando y haciendo piruetas.

No tenían mas vestido que las conocidas pieles de guanaco; pero tan súcias y raidas, que parecían haber servido á toda una generacion de salvajes. Y no exagero.

En las habitaciones no ví nada notable, á no ser la suciedad, que parece fermentar en ellos; y por cierto que exhalaban un olor repugnante, difundiéndose en el aire, á la distancia.

Valvas de moluscos, huesos de aves y de cetáceos, cueros viejos y rotos, excrementos de animales; todo aparecía mezclado dentro del reducido recinto del *kau*, y sobre esos despojos, cubiertos de yerbas secas, se revolcaban los familiares perros de aquella reunion de salvajes, cuya pobreza no tiene comparación.

Las mujeres jóvenes y solteras (que indudablemente las habia allí) debían haberse ocultado en el bosque inmediato, pues se oían en él ladridos de perros y chasquidos de ramas apartadas violentamente y que vuelven á su primera posición.

Nuestro conocido guía, moceton simpático y resuelto, que responde al nombre de *Nohste*, pretendió hacernos sentar en su *kau* (el menosugnante); pero yo preferí per-

el menosugnante

permanecer de pié. Habia en él una mujer de 25 á 30 años, bastante fea, y adornada además con una especie de coto ó infarto ganglioso, situado en la parte sub-maxilar izquierda. Esta sostenia en sus brazos un niño, al parecer nacido pocos dias antes, y con la cara ya pintada de rojo como los adultos, en general. Observé, además, que estaba como fajado en un pedazo de quillango, y que tenia sobre la frente y ténporas un triangulito de cuero sujeto con una correa de un centímetro de ancho.

Después de cambiar algunas palabras de despedida, apretones de mano, y recíprocas palmadas sobre los hombros, con las cuales casi todos los salvajes suelen expresar sus sentimientos amistosos, nos despedimos de aquellas desgraciadas criaturas, siguiendo á pie por un pantano interpuesto entre el monte de los toldos *Mte. (Kárken)* y las lomadas contiguas á la caleta dicha.

Felizmente nuestro guía *Nohste* no ha querido abandonarnos, y él y otro indio, que de *motu proprio* viene agregado á la expedicion, hannos ayudado á salir de ese sitio detestable

Después cruzamos una faja boscosa, llegando con harto trabajo á la caleta en cuya orilla occidental estamos acampados desde las 5 de la tarde.

Es indudable que esta caleta (*Falscove*) ha cambiado mucho desde la época en que la reconocieron los ingleses pues su estado actual no se armonisa con lo que dice de ella el «Derrotero de las costas de la América Meridional,» escrito por los célebres navegantes King y Fitzroy.

Es fuera de duda que no puede considerarse como fondeado para buques, aunque ellos sean pequeños; pero de esto á que no sirva *ni para botes*, hay mucha diferencia.

En realidad, puede servir de refugio para botes, los que en todo tiempo y en qualquier estado de marea no tendrán dificultad alguna para comunicar con tierra, pues la sonda es regular, y hay, además, extensas playas fangosas, que cubre el flujo cada dia, y en las cuales pueden barar aquellos con toda seguridad.

Por otra parte, la caleta ofrece abundante combustible y agua potable, que fácilmente puede cargarse en barriles.

Diciembrei 23.—Estamos acampados en un claro del bosque, sobre tupida maleza que oculta un suelo esponjoso del que brota agua á nuestro paso.

Cuantas penalidades para llegar aqui!

Hemos tenido que marchar á pié desde *False cove*, chapaleando el barro y empapados por la lluvia, que nos sorprendió en el camino.

Cinco horas hemos andado, y apesar de mis deseos de llegar hoy mismo á Tétis, he tenido que detenerme en este sitio desagradable, que solo dista dos millas de esa bahia, la que considero como límite sud-oriental de la Tierra del Fuego, pues solo está á un paso del temido cabo San Diego.

Toda la comarca recorrida hoy, es muy accidentada, y la forman, superficialmente, terrenos modernos, cubiertos de vegetales inútiles y molestos como el *bolax*, el *empé-*

trun rhuhrum y una juncácea, que crece en todos los pantanos y charcos.

En uno de los arroyitos del tránsito he recojido fragmentos de cobre, procedentes sin duda de las montañas que hemos venido viendo desde cabo Peñas, y entre cuyas alturas más notables figuran los montes «Mitre» y «Victor Hugo.»

El guia Nohste, y su compañero Kaukiolski, descansan ahora, calentándose al fuego y secando las ropas que les regalamos antes de salir del anterior alojamiento.

Yo los observo, anotando prolijamente todo cuanto dicen y hacen. Son dos tipos interesantísimos, y el primero es todo un *gentleman*; sabe algunas palabras en inglés como *good*, *sleeps*, *yes*, y siempre que se ocurre las dice con el mayor aplomo.

Esto me demuestra claramente que los onas del sud mantienen frecuentes relaciones con los yaganes del canal del Beagle, catequizados por el Rev. Mr Bridges, quien tanto ha hecho por la civilización de esa raza desheredada, que rápidamente se extingue, como si el contacto con el hombre blanco fuera fatal para ellos.

Darwin lo ha dicho, con estas ó parecidas palabras: *desde que llega el europeo á cualquier tierra desconocida, aparecen extrañas enfermedades que destruyen la población indígena.*

He reconocido también, en la lengua que hablan nuestros amigos, los onas, algunas voces tomadas a sus vecinos canoeros.

CAPÍTULO V.

BAHIA TETIS

Diciembre 24.—Hurra! Hurra!

Hemos llegado á la tan anhelada bahia Tétis, y ya cesaron nuestras penalidades é incertidumbres!

El espeso velo que ocultaba una gran parte de la Tierra del Fuego, ha sido descorrído para siempre!

Nuestro alojamiento está instalado provisionalmente en una loma arbolada, que domina todo el fondo de la bahia. El terreno que pisamos y nos rodea, es turbuso. Debajo hay una capa de fango gris y adherente.

Los robles todavia gotean agua de la última lluvia. Están cargados de hongos comestibles, (*Cytharia Darwinii*) que los indios comen asados.

El paisaje es precioso, y despues de algunos dias volvemos á ver campos abiertos y sin fagus.

Todo el mundo está alegre, y vamos á celebrar la pascua con una buena comida: figurarán en ella un par de tarros de lengua de cerdo y una botella de *Coca bitter*, obsequio de Mr. Wolff.

Despues del *festin*, veré si han llegado los cutters de la expedicion.

El fondeadero no es visible desde aquí

.

Estoy de regreso: no hay ningun buque en la bahia exterior.

Paciencia y esperar!

Diciembre 28—Como aun no han llegado los buquecitos, he dispuesto que el capitán vaya hoy mismo en busca de ellos á Buen Suceso, bahía que dista apenas 6 millas de este campamento. Lleva órdenes claras y terminantes, y espero que sabrá cumplirlas.

Lo acompañan seis soldados escogidos, y el indio *Nohsté*, que servirá de guía; y como los pantanos y grandes alturas boscosas no permiten el tránsito de cabalgaduras, van todos á pié, y llevan sustento para cinco días.

Enero 1º—He tenido que trasladar el campamento á una pequeña faja de tierra, cerca de la bahía exterior; pues donde estábamos, las mulas habían comenzado á enfermarse, debido tal vez á la excesiva humedad del suelo.

Nuestro alojamiento actual no puede ser mejor. Hay abrigo, buen pasto, y agua abundante, surtida por un arroyito que supongo tenga su origen en una laguna que está detrás, en el fondo de una cañada que recoge las aguas de la lluvia y las del derrite de las nieves del invierno.

.

Se han presentado dos soldados de los que fueron á Buen Suceso con el capitán. Son portadores de una carta suya, fechada hoy mismo en aquella bahía. En ella me dice, que ha llegado allí con gran dificultad, debido á la naturaleza turbosa del suelo, á los arroyos, y grandes alturas boscosas que era necesario cruzar unas veces, y otras evitar encaramándose sobre las piedras que cubren la playa entre el Cabo San Diego y la entrada de Buen Suceso.

Agrega, que se ha encontrado con el pailebot «Piedra Buena», á cuyo comandante ha dado orden de zarpar sin demora para este destino; y que el cutter «Bahia Blanca» anda en busca del «Santa Cruz», del que no tienen noticia.

Enero 2—Hoy, en la marea de la mañana, fondeó el «Bahia Blanca».

El pailebot está á la vista y anclará antes de oscurecer.

El primero lo manda el alferoz de navio, D. Lucio Basualdo, y llega de Los Estados, á donde fué en busca del otro buque, que se suponía hubiera recalado en alguno de los puertos de aquella isla; pero su correría ha sido inútil: el «Santa Cruz» no está allí, y en la Subprefectura de San Juan ignoran su paradero.

Ojalá que el buen éxito de la expedición no se empañe con un siniestro marítimo!

El «Piedra Buena», que lo manda el teniente de fragata D. A. Grasso, ha sufrido mucho en su viaje á la Tierra del Fuego. En San Sebastian permaneció una semana tratando de inquirir si aún estábamos allí; pero convencido de lo contrario, siguió navegando cerca de la costa hasta llegar á Tétis, que debido al mal tiempo reinante no pudo tomar, como estaba dispuesto.

Segun me dice su comandante, es un buquecito sólido y guapo para el mar; pero tiene la arboladura en mal estado y le faltan dos ó tres planchas del forro de cobre del casco.

No podrá servir, pues, para la exploración marítima

que debo efectuar desde aquí hasta el canal del Beagle. Iré entonces en el cutter «Bahia Blanca», que, aunque mas pequeño, podrá resistir mejor al embate de la mar arbolada y temible del estrecho de Le Maire, de Buen Suceso y de bahia Aguirre; pero antes de hacer esta campaña, llevará á Punta Arenas á Mr. Wolff.

En el pailebot mandaré oportunamente al Rio Negro la valiente escolta, cuya mision ha terminado, pues los indios de esta parte de la isla son humanos y hospitalarios.

Enero 3.—El cutter «Bahia Blanca» se hace á la vela. Mr. Wolff va á su bordo.

Al despedirme de tan amable persona, he sentido verdadero pesar.

Buen viage!

El indio Nohste, que regresó en el pailebot, se ha despedido tambien de nosotros; pero el va en busca de su familia y amigos, á quienes desea traer á nuestro campamento, para hacerlos partícipes de la vida civilizada, que para ellos significa *mucho yeper*, *mucho biscuit* y *mucho pantalones*, como ya sa sabe decir nuestro amigo.

Enero 4.—Llegaron con Nohste once salvajes pintarrajeados y fornidos. Todos ellos están armados con arco y flechas, que lleban en aljabas de cuero de lobo.

Enero 5.—Ha regresado el capitán. Díceme que en Buen Suceso hay vallecitos pastosos, buena aguada, y madera de construcción.

Enero 6.—Tétis es en realidad la única bahia que existe en la costa oriental de la Tierra del Fuego, y aun

que su braceaje es variable y muy desigual la calidad de su fondo, ofrece, sin embargo, dos fondeaderos: uno exterior, reconocido por el buque hidrógrafo «Beagle» de S. M. B; y otro interior, para buques de 7 á 8 piés de calado. Este último se halla en una ensenadita formada por dos puntas de piedra, que despide la costa del poniente, y antes de llegar á un displayado, sobre el cual se observa, en baja marea, un canalizo abierto por el arroyito mencionado mas arriba, el que no debe confundirse con otra pequeña corriente de agua que baja del ángulo meridional extremo, de la bahia.

El citado «Derrotero», dice de ella:

«Está entre el cabo San Vicente y el de San Diego, y es fondeadero que pudieran utilizar las embarcaciones que al tratar de embocar el estrecho de Le Maire, se viesan contrariadas por los vientos ó la marea. La calidad del fondo es desigual: en unos puntos es piedra y en otros arena con fango y piedras: la marea tira de 4 á 3 millas en esta bahía.»

Sus orillas son bajas en partes, y todas las alturas que la limitan por el oeste están cubiertas de fagus, entre los cuales se ven algunas lindas «wintherias» (*Drymis*.)

En el reflujó se descubren estensas playas y peñascales negruzcos, pulidos por la acción combinada del oleaje y la sílice. En estos y en aquellos se encuentran notables aglomeraciones de moluscos (mejillones y lapas), y despues de los temporales y grandes mareas, se dejan ver muchos otros seres arrancados del fonpo oculto del mar, junto conflotantes algas—*macrocytis* é *hymnophyllum*.—de la selva sub-área.

Cada día recojo algun organismo no visto antes, y poco á poco voy formando un muestrario de las fauna marina, la que por ahora figura con los siguientes invertebrados: cangrejos (*Xantho-Cencei*), calamares, pulpos, serolis, astérides, holotúridos, equidinos, actinias, anémones, y algunos anélides indeterminados.

Entre los vertebrados, las otarias son abundantes; pero no he visto balenópteras, y los peces están representados por el *Lycodes obscurus*.

El campamento se ha convertido en una tolderia de salvajes. Frente á nuestras tiendas de campaña se alzan seis ó siete *kaus*, y en cada uno de ellos, verdaderos semilleros de parásitos, se albergan de cuatro á ocho indios.

Entre estos, algunos adultos pueden competir en altura y corpulencia con los onas del norte.

Hé aquí algunas medidas demostrativas:

	<u><i>Kouste</i></u>	<u><i>Eseps</i></u>	<u><i>Watiol</i></u>
Altura del vértex sobre el suelo	1m 84	1m 83	1m 80
Circunferencia del cuerpo bajo las áxilas . . .	1m 10	1m 7	1m 6

En todos los caracteres fisonómicos me recuerdan también á sus compatriotas del sud; y, aunque con alguna diferencia, hablan la misma lengua de aquellos, á quienes por otra parte se asemejan en sus usos y costumbres.

Viven bajo la selva húmeda y sombría, y comen habitualmente los animales que les brinda el mar: otarias, peces, moluscos y zoófitos.

Para la pesca emplean arpones ó redes pequeñas, hechas con nérvios de guanaco. Tambien suelen usar, para cojer ciertos peces, largas y flexibles barillas de madera á las que amarran un filamento cualquiera, en cuya extremidad ponen un cebo, pero sin anzuelo.

Para matar las otarias se valen de garrotes, pues solo emplean sus armas contra los guanacos, zorros y pájaros, cazando algunas veces estos últimos, con trampas muy ingeniosas.

Comunmente, los onas no se ocupan mas que de buscar alimento, y como carecen de toda nocion de economia, puede decirse que son esclavos del estómago, al que subordinan casi todas sus acciones.

En su mayor número poseen numerosos perros, que comparten sus privaciones, cazan y vigilan la choza. Son estos pequeños, ágiles, sóbrios, cariñosos con sus amos, cuya personalidad parecen como completar.

Aunque acostumbrado desde que nace á no usar mas vestido que la inmundada manta de pieles, el ona acepta siempre con regocijo cualquier pieza de ropa, y prueba de ello, es que el citado Kaukiolski ha dejado su quillango para vertirse una bata de zaraza, que apenas puede abrochar sobre el pecho.

Lo que no se consigue es sacarle de su *kau*, donde fermenta la inmundicia. Este representa para el ona la familia y la patria, y por mas molesto y sucio que le parezca, no deja de quererle y de combatir por él, en caso necesario.

En medio de esta miseria, la mujer es coqueta y como

tal, se engalana á su manera. Lleva brazaletes y collares hechos de pequeños caracoles ó huesecillos agujereados longitudinalmente.

Cuida de sus cabellos, que unta con grasa de continuo, y se recorta las uñas, cuyos despojos arroja siempre al fuego.

Se restrega tambien los dientes, que casi siempre están cubiertos de una capa de sarro amarillento.

Los dos sexos se pintan la cara, no totalmente sino en partes: unos llevan rayas blancas dispuestas horizontalmente sobre las mejillas, otros se embardunan la frente con ocre rojo, que á veces emplean para trazar aquellas.

Tambien suelen pintarse los brazos, el vientre y la cabeza; pero es raro el tatuage, que parece ser mas frecuente entre los onas del norte.

Creo que todos los colore son simbólicos: el blanco es signo de paz ó de guerra; el rojo significa alegría, y el negro, es duelo.

Para espresar este último, las mujeres se razgan, en líneas paralelas, la epidermis de las pantorillas y de los brazos, empleando al efecto valvas de *mytilus*.

El matrimonio es convencional, pero rara vez falta la mujer á sus deberes de esposa.

La poligamia existe, pero es raro que un hombre tenga mas de dos mujeres.

Estas cuidan de sus hijos, á quienes acarician y besan con frecuencia; encienden y conservan el fuego del hogar, valiéndose para lo primero de piritas de hierro; preparan los vestidos; cojen el marisco y lo distribuyen; y,

en marcha, conducen á la espalda los cueros y enseres del *kau*, y tambien las criaturas pequeñitas ó enfermas.

El hombre es el amo y el juez de su familia. En su toldo el manda en absoluto, y ¡guay! de la esposa que no atienda sus órdenes. Entonces se convierte en verdugo!

Como cazador, es diestro, astuto y tenaz. Sus armas son arrojadizas, y emplea en confeccionarlas todos los momentos desocupados de su vida menesterosa y vagabunda.

En primer término figuran sus flechas, livianas y cortas, que guarda en un carcax de piel de otaria, y arroja con un arco de 1^m 40 á 1^m 50 de largo.

La honda es poco usada; pero la manejan con admirable destreza

Es muy curiosa y nueva la manera de trabajar las puntas de flecha. Ante todo, toman un pedazo de sílex ó vidrio (que tanto da para ellos), y despues de romperlo con otra piedra, eligen el casco que más les conviene. Engastan este hasta la mitad en un cuero arrollado, entre el pulgar y los demás dedos de la mano izquierda; y con un hueso resistente, pulido y redondeado en una de sus extremidades, que aplican sobre la parte descubierta del casco, van haciendo saltar pequeñas astillitas *por presión* y poco á poco, hasta que consiguen la forma deseada, que á veces se completa con un pedúnculo, tallado con la punta de un cuchillo.

El desarrollo intelectual de estos salvajes es superior al que podría suponerse; pero carecen de campo donde ejercitar sus facultades.

No tienen instrumentos musicales, ni bailes, ni juegos. Sus cantos son monótonos y tristes: con frecuencia se deja oír en la noche este martilleo vocal.

Eyay, niyay

Yegay, yegoni

Confunden la noción de los colores que dependen de su mayor ó menor intensidad luminosa: el verde y el azul tienen el mismo nombre; pero distinguen entre sí el blanco, el rojo y el amarillo.

Sus creencias religiosas parecen ser muy limitadas. Reconocen un espíritu maligno, que produce todas las enfermedades, la guerra, el viento, la lluvia, y hasta un simple dolor de muelas.

Emplean contra él toda clase de exorcismos, y es al *Yakamush* (1) ó brujo-doctor á quien compete destruir ó aminorar la influencia del mal génio.

¿Tienen algún culto?

En mi opinión no tienen ninguno, ó mejor dicho, tienen muchos que se encierran en uno solo: el de la Naturaleza.

Aman al sol, fuente de calor y de vida; al mar, que los alimenta, y á la luna, que los acompaña en sus correrías nocturnas.

¿Creen en una vida futura?

Dicen, que los que mueren van al país de arriba (al cielo) Allí están sus abuelos, y las constelaciones representan sus armas y sus guerreros.

(1) Esta voz es tomada de los Yaganes. Los Onas del Norte dicen *Walichu*.

CAPÍTULO VI

EXPLORACION MARITIMA

Enero 16—Hoy estamos todos de viaje. El pailebot «Piedra Buena» saldrá con rumbo al río Negro, conduciendo al P. Fagnano y al capitán y soldados, que me han acompañado á través de la rehabilitada Tierra del Fuego, en cuyas soledades compartieron conmigo todas las privaciones y fatigas inherentes á la vida en el desierto.

Yo debo embarcarme dentro de un momento en el «Bahia Blanca». Mis compañeros serán en lo sucesivo el Sr. Segers, dos soldados asistentes, y cinco indios que desean conocer la población cristiana del canal del Beagle, Entre estos últimos viajeros, figuran el conocido Nohste y su hermano Kaukiolski. Los demás son personajes secundarios.

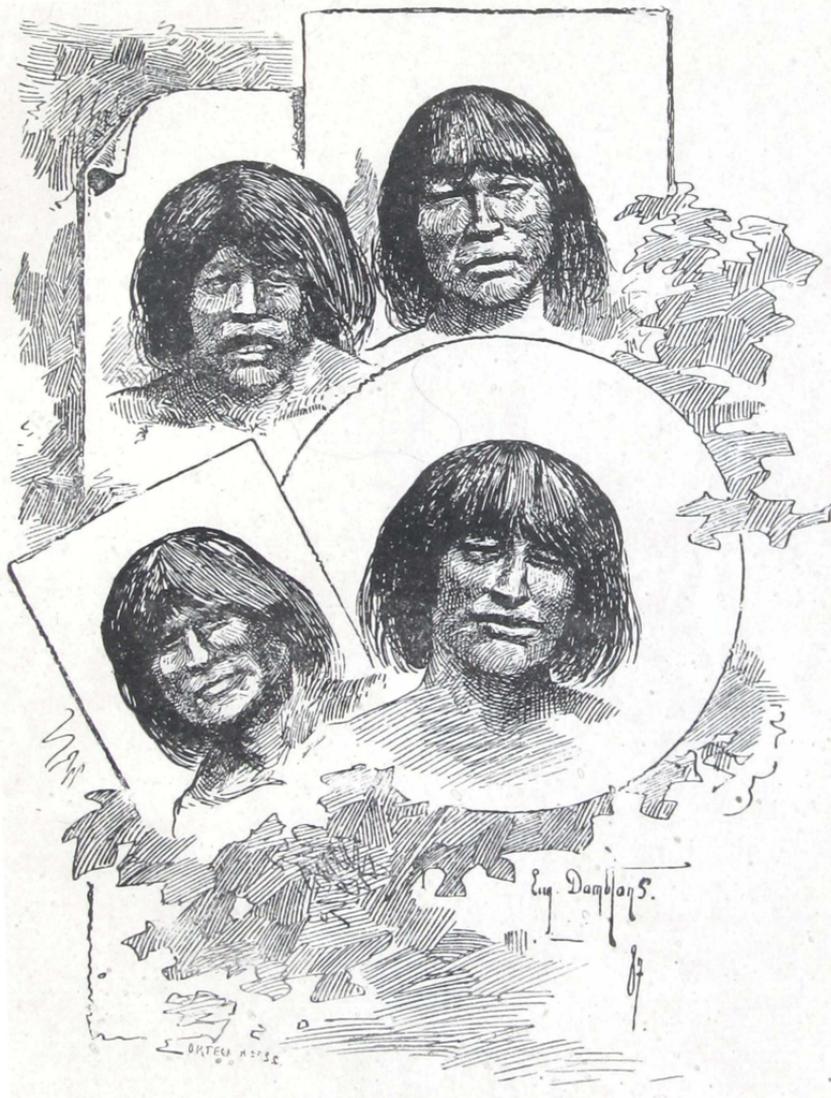
.....
El barco rola espantosamente; pero la navegacion es corta, y á las 3 de la tarde, poco despues de doblar el temido cabo de San Diego, fondeamos en la bahia del Buen Suceso, en 5 brazas de agua y á tiro de piedra de la playa de arena que está en el fondo.

Despues de comer, bajo á tierra con el cirujano, soldados é indios, y al rato ya está arreglada la tienda de campaña para pasar la noche.

El tiempo es espléndido: el barómetro marca 748^{mm}, y +40° el termómetro.

Enero 17:—Esta mañana me entretuve en buscar al-

VIAJE AL PAÍS DE LOS ONAS



Onas del Sud (segun fotografia)

gunas plantas nuevas; pero no he visto sino especies ya conocidas y descritas por Hooker y otros botánicos que han estudiado la sorprendente flora austral.

Todas las elevadas colinas que rodean la bahía están cubiertas de la mas tupida vegetacion que sea dado imaginar. A nuestra espalda, el bosque es intrincado, y el suelo que lo soporta es fofo, y cede al paso del caminante como una esponja á la presion de la mano. Es un colchon de detritus vegetales, tapizado por cincuenta ó setenta plantas fanerógamas y diez ó quince criptógamas que viven asidas á la rugosa corteza de los árboles, ó pegadas á las esquistas crepitantes y siempre manando agua.

Los árboles crecen hasta una altura de 1200 piés, y su densa y verde maraña me recuerda las virgenes florestas del trópico, y para que la ilusion sea mas completa, apenas se adelanta uno en el follage, aparecen los bellos helechos del género *Iomaria*, que semejan pequeñas palmeras de los climas cálidos.

Despues de medio dia recorro la playa y su vega contigua. Llego en seguida á un arroyo que la marea represa; y vuelvo al vivac con algunos valvas de moluscos (*Mytilus*—*Patellas*—*Venus*—*Solen*—*Murex*), un solo insecto coleoptero (*Cylindrorhinus*) y los siguientes vegetales, observados tambien en otras localidades de la isla:

Ribes magellanicum

Genciana subulata

Primula magellanica

Codonorchis Lefsonii

Viola tridentata

Calceolaria plantaginea

Oxalis magellanica

Ranunculus peduncularis (?)

Clarionea magellanica

Saxifraga exarata

Aspidium mohrioides

Como puerto, Buen Suceso ofrece mayores ventajas que Tétis, recomendándose, ante todo, por su inmejorable situación como punto de espera, para doblar el cabo San Diego, en tiempo oportuno.

Además, como la mar entra menos en esta bahía, y como por otra parte su braceaje es más considerable y regular, los buques pueden fondear cerca de tierra; y abastecerse de agua y leña en menos tiempo que en Tétis, donde el surgidero es peligroso y apartado de la costa.

Son las 5 de la tarde: estamos otra vez en viaje.

El tiempo es lindísimo. La isla de los Estados aparece á lo lejos, semi-oculta por la bruma; y la Tierra del Fuego, empinada hasta 4900 pies, pasma por su belleza y salvajes aspectos.

A las 4 h. 20 m. doblamos el cabo Buen Suceso, cuyos cantiles bate el espumoso oleaje.

Un rato después, vemos la bahía Valentin y el monte Campana, alto de 2600 pies, y visible desde Tétis.

A las 7 h. 30 m. nos internamos en bahía Aguirre, y veo romperse sobre la playa arenosa del fondo la *mar de leva* que llega en grandes ondulaciones.

Densas nubes cubren las alturas; el barómetro descende; las velas del buque *zapatean*, y este apenas marcha dos millas por hora.

Cálma chicha, á las 10 de la noche.

Enero 18.—Amanecemos frente á bahía Slogget.

A medio día, norte-sud con las islas Nueva y Lennox. A proa se vé el cabo San Pio y la isla Picton.

A las 5 h. norte-sud con la extremidad oriental de Picton. Costa fueguina, baja, amogotada y en partes desnuda de arbolado; pero con mucho pasto y respaldada por alturas boscosas de 3000 pies.

Una hora mas: hétenos en Banner cove (*Picton*). El «Comodoro Py» está fondeado en la parte interior, con un bote al costado y los fuegos encendidos, al parecer.

Apenas anclamos recibo la visita del comandante del vapor argentino, Sr. Macias.

Iba en busca de la expedicion.

Banner cove, es un puerto abrigado á todos los vientos, una especie de dársena natural

Todos los bajos fondos están señalados por el cachi-yuyo (*Macrocytis pyripera*.)

Sobre una piedra de la costa se lee la siguiente inscripcion, que recuerda el fin trágico de Allan Gardinner, primer misionero que se atrevió á poner su planta en el suelo escabroso de esta isla; y primer mártir de una idea noble y redentora.

*Dig Belon
Go to Spaniard
Harbour
March
1851*

A las 6 de la tarde salimos en el «Py» con rumbo á Ushuaia, dando remolque al «Bahia Blanca.»

Antes de las 8, veo la isla Navarino, que se levanta en

el sud del canal del Beagle, y alumbrados por la última luz crepuscular, recalamos en puerto Bridges, que Nohs-te dice llamarse *Manakatush*.

En tierra hay algunas chozas de indios yaganes.

Enero 19.—A las 4 de la mañana levamos ancla; cruzamos al rato la angostura de la isla Gable, impropia-mente llamada así, pues en marea baja se une con la Tierra del Fuego.

La isla Navarino se extiende á babor. Su aspecto es grandioso, y sino fuera por la nieve que cubre, en manchones, sus cumbres onduladas, nadie creeria que distamos apenas un grado del borrascoso cabo de Hornos.

A las 10 h. llegamos á Ushuaia, la poblacion mas meridional del mundo.

Las autoridades nos hacen una simpática recepcion, y el teniente de fragata D. Federico Muglier, nos brinda hospitalidad en el edificio de la Gobernacion territorial.

Ushuaia es una preciosa bahia: sobre una de sus verdes riberas se alzan algunas casillas, respaldadas por la selva antártica que cubre los flancos de las montañas fueguinas, cuyas cimas nevadas y semi-ocultas por nublados perpetuos, desprenden algunos arroyos turbulentos que descienden á saltos, formando diminutas y bellas cascadas. Del lado opuesto está la Mision inglesa, establecida desde años atrás, bajo la direccion del ya citado Mr. Bridges, cuya perseverancia en la civilizacion de los salvajes del archipiélago del cabo de Hornos, merece la mayor alabanza.

La Mision ha pasado por duras pruebas: hoy mismo lucha por sostener su noble bandera, en torno de la cual se han agrupado algunos centenares de yaganes y alaculufes, que reciben alimento y enseñanza religiosa y doméstica.

En una y otra parte se han hecho grandes desmontes, y sobre la tierra conquistada crecen numerosas plantas exóticas, cuya aclimatacion y lozania demuestran la riqueza del suelo, que el hombre aprovechará poco á poco.

Enero 22 á 23.—Desde mi llegada á Ushuaia me ocupo en estudiar la espléndida y virgen naturaleza, cuyas perspectivas me encantan y conmueven.

A toda hora la bahia semeja una placa de bruñido metal; y entre los cerros que la resguardan del viento, se destaca el «Olivia», envuelta su atrevida punta en cendal de blancas y desgarradas nubes.

A la distancia, en el canal ¡bello contraste! rompe el oleage; y mas lejos se dibujan en el horizonte los sombríos bosques de Navarino. Todo es de una belleza palpitante! Cada cuadro es una sorpresa y una emocion!

La flora es rica y matizada. Bajo los robles, se agrupan las *berberides*, las magnolias (*Drymis*) los *ribes* y *mirtáceas*; las *fhilesias*, *fuchsias* helechos, *fragarias*, violetas, y un centenar mas de vegetales, con flores en su mayor número, tal vez especies nuevas algunos, todos interesantes y capaces de hacer delirar á un botánico.

La fauna terrestre ofrece tambien variedad y colorido, y desde el águila hasta el pájaro-mosca, hay una veintena de formas intermediarias, que harian tambien las delicias de un ornitólogo.

En las aguas de la bahia viven moluscos de muchos géneros, hermosos y grandes crustáceos (*Lithodes antártica*—*L. verrucosa*), algunos grandes y pequeños peces, y no pocos zoófitos.

La poblacion indigena se va extinguiendo rápidamente. Hace pocos años apareció entre ellos una enfermedad hasta entonces desconocida, y en Ushuaia, y en otros puntos del canal del Beagle, se acabaron familias enteras. Repentinamente caian enfermos; la fiebre devoraba su organismo, y entre el delirio y la sed implacable, los pobres indios exhalaban el último suspiro, sin mas auxilio que el masage del Yakamúsh, quien por medio de exorcismos trataba de alejar al mal genio, autor de las dolencias y de la muerte.

Los yaganes son de escasa estatura, feos y mal conformados. Su idioma difiere completamente del que hablan los onas; y asi como estos son altivos y guerreros, aquellos son tímidos y amigos de la paz.

Como el suelo que habitan está cortado por multitud de canales, son por lo comun excelentes marineros; construyen canoas de corteza de fagus, y en ellas recorren grandes distancias.

Sus costumbres, en general, se han modificado notablemente desde el establecimiento de la Mision, pero aun en aquellos yaganes que usan ropas á la europea y chapurrean el inglés, se reconoce un espíritu estrecho, afemindo y receloso.

Qué diferencia con los varoniles y leales onas que me acompañan!

Enero 24—A medio día, me embarco en el «Py» que va á Punta Arenas.

El Sr. Segers se queda en Ushuaia por requerirlo así el mal estado sanitario de la localidad: regresara á Buenos Aires en el «Villarino», que debe llegar de un momento á otro.

Los indios regresan á Tétis en el cutter «Bahia Blanca».

.....

Antes de las 7 p. m. fondeamos en Yandagaya, espléndida bahia que tiene notable semejanza con los fiordos de Noruega.

Hago una escursion en bote, y reconozco en el fondo de la bahia un rio pequeño, que nace en un glaciar, (ventisquero) derrame del mar de hielo que se extiende sobre las altas montañas de la Tierra del Fuego.

Enero 25—Estoy al pié de un imponente glaciar. La gran masa helada llega casi al borde del canal, en el que quizás se adelantaba, no hace mucho tiempo.

Qué extraño aspecto el que ofrece este pedazo del polo encuadrado por la selva, de apariencia tropical!

.....

Seguimos navegando. Otros glaciares se presentan á la vista.

El monte Darwin nos saluda al paso con un fuerte chubosco; pero lo cubre el nublado, y pierdo la esperanza de admirar su excelsa cumbre de 7200 piés.

Enero 26—Estamos navegando en *Desolate Bay* (Bahia Desolada). El aspecto de sus costas es tristísimo,

casi lúgubre: ya no se ven los bosques verdeantes del canal del Beagle. Los glaciares han desaparecido también, y cenicientas y desnudas colinas se yerguen en una atmósfera opalina, como olas petrificadas de un océano desaparecido. La naturaleza entera parece sumida en el letargo más profundo, del que solo despierta cuando los huracanes del cabo de Hornos, dejan oír sus voces terribles!

.
Hemos navegado, después, por el canal Cockburn; hemos costado enseguida la isla Clarence, menos árida que las demás tierras adyacentes; y á las 7 h. 30 m. doblamos el cabo Turn, para entrar en el canal Magdalena.

El monte Sarmiento, se muestra como un coloso y extiende sobre sus laderas el azulado sudario de nieve sempiterna, que llega al mar en suaves pliegues.

Este monumento glacial me produce una emoción profunda; y, retrocediendo en el tiempo y en el espacio, creo hallarme en aquella edad del mundo, en que toda la Patagonia y la Tierra del Fuego dormía bajo un mar de hielo.

.
Son las 11 de la noche estamos fondeados en puerto Hope.

Enero 27—Estoy en Punta Arenas. Ya terminó la exploración: su recuerdo será siempre grato para mí.



Aspecto de la selva en Bahía Buen Suceso (según fotografía)

APÉNDICE

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS

DEL 20 DE DICIEMBRE AL 15 DE ENERO

Bahía Buen Suceso

(Abordo del pailebot «Piedra Buena»)

Diciem- bre	BARÓM. ANERÓIDE			TERM. CENTÍGRADO			VIENTOS (dirección)		
	Horas			Horas			Horas		
	8	11	8	8	11	8	8	11	8
	mm.	mm.	mm.						
20	750	751	753.5	12	12	9.2	N. O.	N. O.	O.N. O.
21	755.2	755.2	755.5	10	11.2	12.2	O.N. O.	O.N. O.	Var,
22	763.8	763.2	760	11	11.5	12.5	S. O.	O. S. O.	N. O.
23	754.5	754.2	754	10.5	13	11.6	N. O.	O.	O.
24	757.5	754.2	749.5	11	12	11.2	O.	O.N. O.	O.N. O.
25	746	747	752.6	10.5	11.2	8.8	O.	O. S. O.	S.
26	762.5	762.5	761.2	9.5	11	9.8	S. E.	N. E.	N.N.E.
27	751.5	751.5	754	10.5	10.5	8	N. E.	S. E.	S.
28	756	754.4	754.2	9	8.9	9.9	O.	O.	S. O.
29	759	758	754.5	11.5	13	11	S. O.	S. O.	O.N. O.
30	749	746.5	747.8	11	12.5	8.4	N.N.E.	N.N.E.	S.
31	759	760.5	764.9	8.7	9.9	8.5	S.	S.	S. S. O.

Bahia Tétis

(Abordó del pailebot «Piedra Buena»)

Enero	BARÓM. ANEROIDE			TERM. CENTÍGRADO			VIENTOS (dirección)		
	Horas			Horas			Horas		
	8	11	8	8	11	8	8	11	8
	mm.	mm.	mm.						
4	753	752.8	751	13	14	9.5	S. S. E.	N. E.	S. E.
5	748.8	747.5	754.6	13.8	14	10.4	O.	O.	O. N. O.
6	758.5	760	762.2	10.5	11.5	12	S. O.	S. S. O.	N. E.
7	760	758.5	756.5	14	14	12.5	O. N. O.	O. N. O.	O.
8	761.5	763	766.5	11.5	12.5	13	N. O.	N. O.	E. N. E.
9	760	759	756	11	13	12.6	N.	N. N. O.	N. N. O.
10	764	764.8	767.6	12.	13	11.4	S. E.	S. E.	E.
11	768	768.6	768	16.5	15.5	12	N.	N.	N.
12	768	768.5	765.8	12	13	11.3	N. E.	N. E.	N. N. E.
13	757.6	756	754.5	9	10	10	E. N. E.	E. N. E.	S. O.
14	755	755.2	758	10	10.5	9.8	S. O.	S. O.	S. O.
15	753	952.5	753.5	12	13	10	O.	O.	O.

Bahia Tétis

(En tierra — Campamento)

1	766.5	766.5	767.2	13	14	13	S. O.	S. O.	O.
2	756	756.2	755	9.5	15.5	9.5	S. O.	S. S. O.	N.
3	755.2	755	753.5	9.5	11.5	10	N. E.	S. E.	N. E.
4	752	750	747.2	17	22	7	S. S. S.	E.	S. E.
5	744.5	744.2	744.5	10	16	10	O.	N. O.	O.
6	753.5	757	758	13	16	8	S. O.	S. O.	N. E.
7	756	754.5	752.2	15	16	11	N. O.	O. N. O.	N. O.
8	757.5	758	761	16	18.2	8.5	N. O.	N.	E. N. E.
9	757	756	753.5	9	17	14	N.	N.	calma
10	757.5	756	756	11.5	11.5	14	S. E.	S. E.	E.
11	764.2	764.2	764.5	15	15	15	N. O.	N.	N.
12	765	764	762.4	18	16	10.5	N. E.	N.	N. E.
13	753.2	753	751.2	10	19	10	N. E.	N. E.	S. O.
14	751.5	752	753	9	19	11	S.	S. O.	S. O.

OBSERVACIONES

La máxima temperatura, en Buen Suceso, ha ocurrido el 23 de Diciembre á medio día, con viento del O.; la mínima (8°) el 27; á las 8 p.m., con S.

La mayor presión atmosférica (764.9) en la misma localidad, ha sido observada el 31 de Diciembre con S.S.O; y la mínima (764), el 25 de este mes, con O.S.O.

En Tétis, en tierra, la temperatura ha tenido su máximo (18°2), el 8 de Enero, á las 12 del día, con viento N.; y su mínimo (8°) el 6 de Enero, á las 8 p.m, con viento N.E.

La presión barométrica ha oscilado entre 767.2, el 1° de Enero, á las 8 p.m., con viento O.; y 741.2, el 5 del mismo mes, á medio-día, con O.

Las lluvias han sido frecuentes en ambas localidades.

El barómetro empleado en las observaciones á bordo, tiene un error de —5mm.

•

•

Vocabulario de la lengua de los Onas del Sud

ESPAÑOL	ONA	ESPAÑOL	ONA
Abutarda	Haltu	Hoja	K'el
Agua	Oten	Hongo (Cytharia)	Auchen
Amarillo	Jai	Hueso	Tauk
Armas de fuego	Eélk	Huevo	Al'n
Arpon	Chóo'n		
		Lengua	Konno
Bigote	Anusech	Loro (Conurus patagonus)	Pálpel
Blanco	Korre		
Bostezar	Chaisel		
		Mano	Sháket
Cabeza	Kóyerr	Matar	Yaíp
Calamar	Laal'opel	Menton	Hanú
Canasto	Tawal	Médula	Chesen
Canoa	Kaút	Mirar	Aikhe
Cantar	Chani	Molusco (Vénus)	Kolsh'n
Carne	Yeper	" (Mytilus)	Ashuk
Carbon fósil	Talbát	Morder	Yashono
Carbon de leña	Kasse	Muslo	Archir
Centolla	Kámel		
Cinco	Wash	Nariz	Nai
Comer	Chamka	Negro	Pa'al
Colorado	Sherr		
Corazon	Sasen	Ojota	Yoyo
Cuatro	Yaushen'ai	Omblico	Wáte
Cuarzo	Chegüesh		
Cuero	Tálpel	Pasto	Usk
Cuchillo	Ehl	Pato-vapor	Aluksh
Cuidar	Maúshtek	Pecho	Saunisk
		Pelo	Yani
Dientes	Ánneket	Pengüin	Shush
Dos	Uaún'atten	Perro	Ueshe'n
		Pegar	Támke
Erizo de mar	Akesh	Pié	Tei
Escupir	Kómpe-y-akai	Piedra	Uinna
Espanja	Chessh	Pluma	Echel
Espalda	Aúke		
		Quemado	Kammaká
Flecha	Pal'la		
		Red	Kóu
Guanaco	Yaúshen		

ESPAÑOL	ONA	ESPAÑOL	ONA
Reir	Hanna	Tres	Yaushen'atten
Ripio	Pálten		
Roble	Shaim'k	Uno	Atten
Rodilla	Hamin	Uña	Cayu
Sacar	Méshum	Uña	Cayu
Saliva	Kompé		
Sangre	Sape	Vamos	Kójesh
Silvar	K'oolo	Verde	Ashete
Sol	Ani	Vientre	Ihoush
Tentáculo de pulpo	Cháguash	Vislumbre	Fálten
Toldo	Kau		
Toser	Eska	Zorzal	Opech'en

ERRATAS NOTABLES

<u>Pág.</u>	<u>Linea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
415	47	obligó	nos obligó
417	29	(el menos regnante)	el menos repugnante
418	45	Mte. (<i>Karken</i>)	(monte <i>Kárken</i>)
